



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Avercósese por fin al oído de su señor para repetirle una vez más su lamentable cantinela:

—¡Caeréis enfermo, señor, os lo repito, caeréis enfermo!

—¡Ah, eso de seguro!—respondió el holandés;—pero vos á buscar mis bagajes, mientras yo compro una *Gula* para estudiar los diversos países, y un cuaderno para anotar mis impresiones; despues vendrás aquí, Bruno, y descansarás....

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos dado la vuelta al mar Negro, puesto que es nuestro destino el darla.

Al fin de esta reflexión fatalista, de la que un musulmán no hubiera hecho caso, Bruno, bajando fuertemente, salió del despacho, dirigiéndose al hotel. Verdaderamente, este viaje no le presagiaba nada bueno.

Dos horas despues volvía cargado de cartenas, con sus correspondientes corchetes sin montantes, y col-

gadas á la espalda por fuertes tirantes. Venía acompañado de uno de esos indígenas, vestidos con una tela parecida al fieltro, medias de laná, cubierta su cabeza con un gorro bordado de sedas multicolores y calzados con gruesos zapatos; en una palabra, uno de esos bannals, que Théophile Gautier ha designado con el justo nombre de camellos de dos pies, sin jorobas.

Sin embargo, á éste no le faltaba la joroba, gracias á los numerosos bultos de viaje que sobre la espalda llevaba. Todos éstos fueron depositados en el patio del despacho, comenzándose á cargar la silla de posta, que había sido ya sacada de la cochera.

Mientras tanto, el señor Keraban, como cuidadoso negociante, ponía en orden sus asuntos. Revisaba el estado de su *Caja* y de su libro diario, daba las instrucciones necesarias al jefe de los empleados, escribía algunas cartas, y tomaba para el viaje una gruesa suma en oro, pues el papel-moneda había perdido

todo su valor desde 1862, y por consiguiente no tenía curso.

Teniendo necesidad de cierta cantidad en moneda rusa, para la parte de trayecto que recorrerían del Imperio moscovita, su intención era pasarse por casa de su amigo el banquero Selma, donde cambiaría sus libras otomanas, puesto que el itinerario le obligaba á pasar por Odessa.

Los preparativos se acabaron rápidamente. Los cofres del equipaje se cargaron de provisiones. Algunas armas fueron depositadas en el interior (porque no sabían lo que podía suceder, y era necesario prevenirse á todo evento). Tampoco se le olvidó al señor Keraban dos narghilés, uno para Van Mitten y otro para él, utensilios indispensables para un turco, que al mismo tiempo es negociante en tabacos.

En lo concerniente á los caballos, habían sido encargados la noche misma y debían estar dispuestos al amanecer. Desde media noche hasta rayar el alba quedaban algunas horas, que se consagraron principalmente á comer y después al reposo. Á la mañana siguiente, cuando el señor Keraban los despertó, todos saltaron de la cama para ponerse el traje de viaje.

La silla de posta enganchada, todo arreglado y el postillon en la silla, no aguardaba más que á los viajeros.

El señor Keraban renovó sus últimas instrucciones á los empleados del despacho. No faltaba más que partir.

Van Mitten, Bruno y Nizib aguardaban silenciosamente en el anchuroso patio del despacho.

—¡Estais decidido!—dijo por última vez Van Mitten á su amigo Keraban.

Éste, por toda respuesta, le mostró el coche, cuya portezuela estaba abierta.

Van Mitten se inclinó, puso el pié en el estribo, y se sentó á la izquierda del coupé. El señor Keraban se instaló á su lado. Nizib y Bruno treparon al carriló.

En el momento en que el vehículo iba á abandonar el despacho, dijo Keraban:

—¡Ah, mi carta!

Y bajando la ventanilla extendió á uno de los empleados una carta que le ordenó mandara al correo aquella misma mañana.

Esta carta estaba dirigida al cochero de la ciudad de Scutari, y no contenía más que estas palabras:

«Comida preparada á mi vuelta. Modificad el menú: sopa de leche cuajada, paletilla de carnero con especias. Sobre todo, que esté poco cocido.»

Después la silla de postas se puso en marcha y recorrió las calles del barrio, atravesó el *Cuerno de Oro*, sobre el puente de Validóh-Sultana, y salió de la ciudad por Jeni-Kapoussi, la *Puerta Nueva*.

¡El señor Keraban ha partido! ¡que Allah le proteja!

VI.

LOS VIAJEROS EMPIEZAN Á SUPERAR ALGUNAS DIFICULTADES, PRINCIPALMENTE EN EL DELTA DEL DANUBIO.

Bajo el punto de vista administrativo, la Turquía Europea está dividida en gobiernos ó departamentos,

administrados por un *vaii*, gobernador general, en posesión de prefecto nombrado por el Sultán. Los *vaiis* se subdividen en sanjaks ó distritos, regidos por un monasteraifi; en klazas ó cantones, administrados por un caimacan; en nahies ó empuñidades, con un moufir ó alcalde electo. Es, poco más ó menos, el sistema administrativo instituido en Francia.

En suma, el señor Keraban no debía tener comunicación con las autoridades de los vilayets de la Rumelia, que atravesaba el camino de Constantinopla á la frontera. Este camino es el que se separa de los rios del mar Negro y abreviaba mucho el trayecto.

Hacia un tiempo hermosísimo para viajar, una temperatura refrescada por la brisa del mar, que surría sin obstáculos á través de aquel país, bastante llano.

En la parte meridional del Imperio otomano se desarrollaban campos de maiz, cebada, centeno y arroz, que en dicha parte del Imperio crecen y prosperan de un modo envidiable; más adelante, bosques de robles, abetos, hayas y álamos blancos; más allá agrupados en diversas direcciones, plátanos, árboles de India, laureles, higueras, algarrobos, y en las porciones vecinas al mar, granados y olivos, idénticos á los de las latitudes de la baja Europa.

Al salir por la puerta d'Iéni, la silla tomó el camino de Constantinopla á Chomla, de donde se separa un camino hacia Andrinópolis, por Kirk-Kilisse. Este camino sigue lateralmente y cruza, en muchos puntos, la vía que pone á Andrinople (segunda capital de la Turquía Europea, en comunicación con la capital del Imperio otomano).

Precisamente, en el momento en que la silla estaba, por decirlo así, la vía férrea, acertó á pasar un tren. Un viajero sacó rápidamente la cabeza por la portezuela de su wagon, y pudo percibir el codeo del señor Keraban, vigorosamente arrastrado por sus caballos.

Este viajero era el capitán multiés Yarbud, un vecino hacia Odessa, donde, gracias á la rapidez de los trenes, llegaría mucho antes que el tío del joven Ahmet.

Van Mitten no pudo contenerse y mostró á su amigo el convoy, desfilando á todo vapor.

Éste, siguiendo su costumbre, alzó los hombros.

—¡Pero, amigo Keraban, se llega más pronto!—dijo Van Mitten.

—¡Cuando se llega!—respondió el señor Keraban.

Durante la primera jornada del viaje, no es necesario decir que no perdieron una hora. Con la ayuda del dinero no hubo jamás ninguna dificultad en los relevos de postas. Los caballos no se hacian rogar para dejarse enganchar, ni los postillones para conducir un señor que tan generosamente pagaba.

Pasaron por Tchataldjé, por Bayuk-Khan, por los límites de las pendientes de desagüe para los tributarios del mar de Mármara, por la villa de Teborlan, por el pueblo de Yeni-Keni, después por el valle de Galeta, á través del cual, según la leyenda, se bifurcan canales subterráneos, que llevaban en otros tiempos el agua á la capital.

Llegada la tarde, la silla de postas se detuvo en

lora solamente en el arrabal de Serañ. Como las provisiones que llevaban en los cofres estaban destinadas más especialmente para las regiones en las que sería muy difícil procurarse los elementos para una regular comida, era necesario reservarlos. Comieron, pues, en Serañ bastante bien, y continuaron el camino.

Puede ser que Bruno encontrase algo dorado pasar la noche en el cabriolet; no así Nizib, que vio esta even-

tualidad como muy natural, durmiendo con un sueño tal que contagió á su compañero.

La noche se pasó sin incidentes, gracias á un largo y sinuoso sendero que formaba camino en los puntos próximos á Viza, lo bastante para evitar las rudas pendientes y los terrenos pantanosos de la carretera. Muy á pesar suyo, Van Mitten no vió aquella pequeña ciudad de siete mil habitantes, enteramente ocu-



¡Está ya visto! — exclamó Keraban fuera de sí.

pada por una población griega, y que es la residencia de un obispo ortodoxo. Por otra parte, él no iba á ver pero sí á acompañar al imperioso señor Keraban, quien se cuidaba no mucho de recoger las impresiones del viaje.

Hacia las cinco de la tarde, después de haber atravesado los pueblos de Bounar-Hissam, de Jena, Uskup, los viajeros rodearon un pequeño bosque sembrado de tumbas donde reposan los restos de las víctimas sacrificadas por una partida de bandidos, cuyo sitio habían escogido para teatro de sus hazañas; después pasaron por otro pueblo bastante importante, de diez y seis mil habitantes, Kirk-Kilissé. Su nombre

«Quarenta Iglesias», se funda en el gran número de sus monumentos religiosos. Verdaderamente es una especie de villa donde las casas ocupan el fondo y los lados, y las que Van Mitten, seguido del fiel Bruno, visitó en algunas horas.

El coché fué colocado en el patio de un hotel bastante bien arreglado, donde el señor Keraban y sus compañeros pasaron la noche, volviendo á partir al siguiente día.

Durante la jornada del 19 de Agosto, los postillones dejaron atrás el pueblo de Karabounar, y llegaron la tarde misma á Bourgaz, construido sobre el golfo de este nombre. Los viajeros durmieron aquella noche

en un *Whani*, especie de posada, que verdaderamente no valía lo que la silla de posta.

A la mañana siguiente, el camino que se separa del litoral del mar Negro los condujo á Aidos, y por la tarde á Paravudi, una de las estaciones del pequeño tranvía de Chouala á Varna. Estaban atravesando en aquel momento la provincia de Bulgaria, por la extremidad Sur de la Dobroutcha, al pie de los últimos contrafuertes de la cadena de los Balkanes.

Allí las dificultades se aumentaron durante esta travesía, tanto en medio de los valles pantanosos, como á través de los bosques de plantas acuáticas, de un desarrollo extraordinario, sobre las que el coche podía á duras penas rodar, turbando en sus nidos á miles de becadas y becacines, y otra multitud de especies propias del suelo de una región tan accidentada. Se sabe que los Balkanes forman una cadena importante. Recorriendo entre la Roumelia y la Bulgaria, hacia el mar Negro, se destacan de su vertiente septentrional numerosos contrafuertes, cuyas ondulaciones se observan casi hasta el Danubio.

El señor Keraban tuvo la ocasión de ver su paciencia puesta á prueba.

Cuando fué necesario franquear la extremidad de la cadena, con el fin de volver á bajar á la Dobroutcha, cuesta de pendientes casi impracticables, vueltas cuyos bruscos recodos no permitía á los caballos tirar con regularidad; caminos estrechos rodeados de precipicios, hechos más bien para caballos que para coche, todo esto ocupó mucho tiempo, y no se logró sin una gran cantidad de mal humor y recriminaciones.

Muchas veces hubo necesidad de desenganchar, y fué necesario calzar las ruedas para salir de algun paso difícil, y calzarlas sobre todo con gran número de piastras que caían en los bolsillos de los postillones, que amenazaban volverse atrás.

¡ Ah! El señor Keraban tuvo una buena cantidad de recriminaciones contra el gobierno actual, que conservaba tan mal los caminos del Imperio, y se cuidaba tan poco de asegurar la vida de los viajeros á través de las provincias. El Diván no se apuraba cuando se trataba de impuestos, tasas y contribuciones de todas clases, lo que el señor Keraban sabía demasiado. ¡ Diez paras por atravesar el Bósforo! Siempre venía á lo mismo como guafío por una misma idea. ¡ Diez paras, diez paras! Van Mitten se guardaba muy bien de responder á cualquiera observación de su compañero de viaje. Una contradicción hubiera traído consigo un altercado. Y para apaciguarle se quejaba de todos los gobiernos en general, pero del turco en particular.

— No es posible—decía Keraban—que en Holanda haya abusos parecidos.

— Los hay, por el contrario, amigo Keraban—respondió Van Mitten, que quería por todos los medios calmar á su compañero.

— Yo os digo que no—decía éste—yo os digo que en Constantinopla es el único punto donde semejantes abusos sean posibles. ¿ En Rotterdam se ha pensado alguna vez en poner impuestos sobre los calzones?

— Es que nosotros no tenemos calzones.

— Poco importa.

— ¿ Cómo que poco importa?

— Me parece que vuestro rey no hubiese oído con indiferencia contribución alguna. ¿ Tendría el valor de sostenerme que el gobierno de estos nuevos tiempos es el peor gobierno que hay en el mundo?

— ¡ Ah, el peor, de seguro!—dijo Van Mitten, con intención de cortar la discusión, que observaba iba tomando proporciones.

Y para mejor cortarla, sacó su larga pipa turquesca. Esto dió al señor Keraban el deseo de recrearse con el perfume del marghilé.

El cupé no tardó en llenarse de humo, y fué necesario bajar los cristales para darle salida. El agua narcótica acababa por apoderarse del testarudo viajero, que permanecía callado y tranquilo, hasta que algún incidente le volvía á la realidad.

La noche del 20 al 21 de Agosto, por falta de sitio de parada en aquel país medio salvaje, la posaron en la silla de postas. Tan sólo á la mañana siguiente, y después de haber atravesado las últimas ramificaciones de los Balkanes, se encontraron más allá de la frontera rumana, en Dobroutcha, cuyo terreno es más accesible para los carruajes.

Esta región es como una península formada por un ancho recodo del Danubio, que después de haberse elevado al Norte, hacia Galatz, vuelve al Este sobre el mar Negro, en el cual afluye por muchas ramificaciones. Verdaderamente, esta especie de istmo que se une con la península de los Balkanes, se encuentra circunscrito por una porción de la provincia, situada entre Tchernavoda y Kustendjé, donde corta la línea de un pequeño tranvía que recorre quince ó diez y seis leguas lo más, y que parte de Tchernavoda. Pero como al Sur del ferrocarril, la comarca es ostensiblemente la misma que al Norte, bajo el punto de vista topográfico, se puede decir que los planos de la Dobroutcha tienen el nacimiento en la base de las últimas ramificaciones de los Balkanes.

Los turcos denominan « bello país » á aquella parte de terreno, cuyo feraz suelo pertenece al prusaco que lo ocupa. Está, si no habitado, por lo menos recorrido por los pastores tártaros y poblado de vilcos, en la parte vecina al río. El Imperio otomano posee una inmensa colina, en la que los valles se profundizan apenas en el suelo, casi sin relieve. Presentando, por lo tanto, una sucesión de praderas, que se extienden hasta los bosques situados en las embocaduras del Danubio.

En este suelo, los caminos, sin cuestas ni pendientes bruscas, permitieron al carruaje rodar con más facilidad. Los dueños de los relevos de postas se tenían motivo para refunfuñar al ver enganchar á sus caballos, á si lo hacían era por no perder la costumbre.

Marcharon rápida y cómodamente. Hacia el medio día del 21 de Agosto, el carruaje se detuvo en Kolidcha, y á la tarde del mismo día, en Bazardjik.

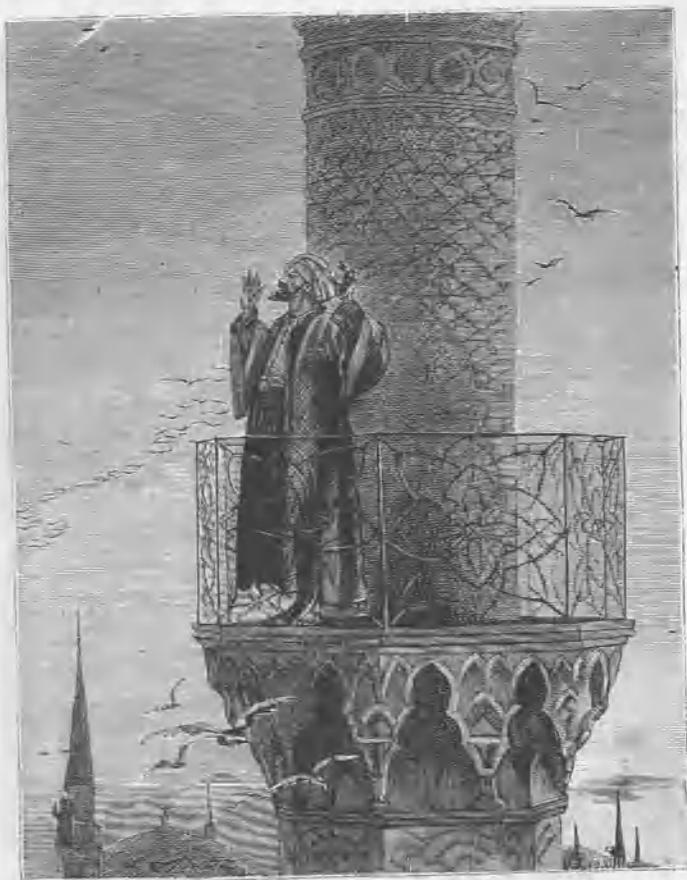
Allí el señor Keraban se decidió á pasar la noche, para dar algún descanso á toda su gente (de lo que Bruno quedó muy agradecido, aunque, por prudencia, no se lo demostró).

Á la mañana siguiente, al rayar el alba, el carruaje

con caballos de refresco, partía en dirección al lago Karazzou, especie de vasto embudo, cuyo contenido, alimentado por profundos manantiales, se vierte en el Danubio en la época de la baja marca. Cerca de 24 leguas recorrieron en doce horas, y hácia las ocho de la noche los viajeros se detenían delante del ferro-carril que va de Kustendjé á Tchernavoda, enfrente de la estación de Medjidie, ciudad completamente nueva,

que cuenta ya veinte mil almas y promete llegar á ser más importante.

Á despecho suyo, el señor Keraban no pudo franquear inmediatamente la vía, para llegar al *khan* (especie de posada) donde debían pasar la noche. La vía estaba ocupada por un tren, y fué necesario aguardar cerca de media hora á que el paso estuviese libre.



Desde lo alto de los minaretes.

Allí fueron los quejas, las recriminaciones contra las administraciones de los caminos de hierro, que se creen con derecho, no solamente de aplastar á los viajeros que tienen la tontería de subir en sus coches, sino también de retardar á los que no quieren tomar sitio en ellos.

—No será á mí—dijo á Van Mitten—á quien le ocurra algo en el camino de hierro.

—; Eso no se sabe!—respondió el holandés con imprudencia.

—¡Pues yo sí que lo sé!—replicó el señor Keraban, con un tono tal que cortó la discusión.

Por fin, el tren dejó libre la estación de Medjidie,

las barreras se abrieron el carruaje pasó y los viajeros se detuvieron á descansar en un *khan* bastante cómodo establecido en dicha ciudad, cuyo nombre fué escogido para honrar la memoria del sultán Abdul-Medjid.

Al día siguiente todos llegaban sin novedad, á través una especie de desierto llano, á Babadagh, pero tan tarde, que pareció más conveniente continuar el viaje durante la noche. Á las cinco de la siguiente tarde se detenían en Toultscha, una de las más importantes ciudades de la Moldavia.

En esta ciudad, de treinta á cuarenta mil almas, en la que se confunden *teherkesses*, *nogaïs*, persas, kur-

dos, búlgaros, rumanos, griegos, armenios, turcos y judíos, el señor Keraban no tendría mucha dificultad para encontrar un hotel donde estar bien acomodado.

En efecto, así sucedió. Van Mitten fué, con el permiso de su compañero, á visitar á Toulcha, cuyo anfiteatro, muy pintoresco, se extiende sobre la vertiente norte de una pequeña cadena de montañas, en el fondo de un golfo, formado por un ensanche del río, casi enfrente de la ciudad de Smail.

Á la mañana siguiente, 24 de Agosto, el carruaje atravesaba el Danubio, delante de Toulcha, y se aventuraba á través de la delta del río, formado por dos grandes brazos. El primero, ó sea el que siguen los vapores, se llama el afluente de Toulcha; el segundo, más al Norte, pasa por Smail; después por Kilia y concluye en el mar Negro, después de haberse ramificado en cinco direcciones, las cuales se denominan bocas del Danubio.



Venía acompañado de uno de esos indígenas....

Más allá de Kilia y de la frontera se desenvuelve la Besarabia, que durante una quincena de leguas, su dirección es Nordeste, y participa de un pedazo del literal del mar Negro.

Se nos olvidaba decir que el origen del nombre del Danubio, que ha dado lugar á un sinnúmero de disputas científicas, trajo una discusión puramente geográfica entre el señor Keraban y Van Mitten. Que los griegos, en tiempo de Hesiodo, le habían conocido con el nombre de *Ster* ó *Hister*; que el nombre de *Danubius* le habían traído las armadas romanas

y que Cesar fué el primero que le hizo conocer bajo este nombre; que en el idioma de los tracios significa *nebuloso*; que desciende del celta, del sarraceno, ó del griego; que el profesor Bopp tiene razón, ó que el profesor Windishmann no la tiene cuando disputan sobre las fuentes del citado río; al fin, el señor Keraban (como siempre) redujo á su adversario al silencio haciendo descender la palabra Danubio, de *andanú* que significa rápida corriente.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

CAPÍTULO XI.

¡ ENGAÑADOS !

Toda mi vida he tenido afición á estudiar las costumbres y curiosidades de los países que he visitado, así es que la relación del indio me pareció de lo más interesante, y me distrajo por algun tiempo de mis reflexiones, que eran por cierto bien desagradables.

Mi compañero no parecía tampoco muy tranquilo, por sus inquietos movimientos que demostraban una impaciencia que no podía disimular.

Hacia ya más de una hora que estábamos allí y no se veía señal de que nuestro bote pareciese; cuando hubo pasado esta media hora, nuestros temores aumentaron, y había en verdad motivo para ello. ¿Qué haríamos si el hombre no venía?

Tal vez estaba bebiendo con otros camaradas y había olvidado por completo su compromiso.

Es verdad que podíamos pedir un bote prestado á nuestros amigos, y buscar otro hombre que nos llevase, y áun, si no se encontraba, remar nosotros mismos.

Con dinero todo podría arreglarse, y las consecuencias no serian tan graves; solamente llegar un poco más tarde á nuestras casas.

Podíamos haber pensado así; pero no sé por qué no se nos ocurrían estas ideas tranquilizadoras. Al menos no en el momento en que veíamos la postura del sol sin ver aparecer al truhan del pescador.

Nuestros temores sin duda nacían de los varios incidentes del viaje que nos habían hecho sospechar de la fidelidad del pescador, y áun mi compañero no sabía más que eso ni tenía como yo antecedentes más sospechosos.

Hacia ya tiempo que habíamos concluido nuestra comida y nos paseábamos por entre las flores.

Yo hubiese querido hablar un momento con la jóven, pero no pude encontrar la oportunidad, porque todo el tiempo nos acompañó su padre.

Lo que más raro me pareció es que ella no deseaba lo mismo, ó al ménos, no parecía demostrarlo. Y después de aquella carta no podía yo comprender su indiferencia.

Disgustado y casi enfadado por esto, pensé marcharme lo más pronto posible, cuando al fin pude conseguir quedarme solo con ella un momento mientras que el alcalde y Crittenden iban por detras de la choza.

Me pareció notar un cambio en su fisonomía en el

momento que su padre desapareció, y volviéndose á mí me dijo:

— Parece que se interesa V. mucho por nuestras chinampas, ¿cómo es eso?

— Porque son verdaderamente dignas de toda mi atención.

— ¿ Pero no había V. visto ninguna? Creo que dijo usted que no.

— Nunca.

— Y sin embargo, ha viajado V. por varios países, ¿no es verdad?

— Sí, por muchos; pero Méjico es el solo país que tiene chinampas.

— ¿ De véras? Yo creí que las había en todas partes.

— ¡ Oh! no; solamente aquí las hay. Se ha dicho que las había en otras partes; pero no son verdaderos jardines flotantes.

— ¿ Y solamente por eso tenía V. tantos deseos de verlas? Eso sí que me parece extraño.

— No enteramente por eso; había otra razón para que yo desease verlas.

Fijó sus ojos en mí con curiosidad, y hasta creí ver cierto interés, quizás completa ilusión de mi parte, y preguntó:

— ¿Cuál?

Esta pregunta me dejó algo desconcertado y sin saber qué contestar.

No quería darle una respuesta directa y franca; nuestra intimidad no me autorizaba á ello, y tomando un camino indirecto la dije:

— La verdad es, señorita, que deseaba saber si no había tenido consecuencias desagradables el susto y la humedad que tomó V. en el canal, que hubiera muy bien podido producir alguna pequeña enfermedad.

Se echó á reír como su hermano cuando le propuse buscar un hombre que trajera el bote.

— No hay miedo que me haga daño mojarme; eso se queda para la gente de la ciudad, nosotros estamos más acostumbrados.

— Pero el susto podía haberla á V. hecho mal efecto.

— Nada de eso, señor, si V. no hubiera estado allí tal vez; pero ya sabía yo que V. no debía estar lejos; por eso grité de aquel modo; en cuanto le vi á V. venir galopando por el pascó ya nada temí.

— Supongo que no ha vuelto V. á ver á aquel hombre?

— ¿ Cómo hubiera podido verlo, señor? Desde

aquel día no hemos vuelto á la ciudad ni mi hermano ni yo; yo temía, se decir, nosotros pensábamos....

Y al cambiar estas palabras cubrió su hermosa cara un vivo carmin.

—Que no lo veríamos á V. más; ha sido V. muy bueno en venir aquí.

El aire de perfecta inocencia con que todo esto fué dicho, me gustó extraordinariamente, correspondía absolutamente con la *maireté* de la carta que yo había tomado por inconveniente descaro.

Y haciéndome recordar esto con su discurso, la dije:

—Mucho más amable de parte de V. el desear que yo viniese, y en verdad que debía haberme apresurado á dar á V. las gracias por su invitación:

Sus ojos se fijaron en mí con sorpresa al repetir admirada mi última palabra «invitación».

—Sí, en la carta que me escribió V. ayer, al menos yo no la he recibido antes, y como V. la ha contestado personalmente, sin pérdida de tiempo.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente al responderme.

—¿Que yo le he enviado á V. una carta, señor! ¡Ay, si yo no sé escribir!

—¿Y no tiene V. noticias de esta carta?

Yo la había traído en mi bolsillo, la saqué, y presentándosela la dije:

—Lea V.

—¡Ah!.... No sé tampoco leer, ¿qué es lo que dice, señor?

Esta vez me tocaba á mí sorprenderme y aun algo más.

Su candor al hacer aquella pregunta no podía confundirse. Ni ella, ni nadie por encargo suyo, había escrito aquella carta.

Otro la había escrito, sin duda, y con propósito muy diferente del que yo había creído ver en ella. Ahora estaba seguro de que mi vida y la de mi compañero estaban en grave peligro.

—No importa, señorita—dije sonriendo y guardando mi carta—será sin duda una broma que algún amigo ha querido tener conmigo, y que yo procuraré devolverle; pero—añadi mirando esconderse el sol,—ya es tiempo que pensemos en retirarnos, y si nuestro bote no viene, tendré que pedir á su padre de V. uno de los suyos.

—¡Oh! se lo dará á V. con mucho gusto, él tiene uno muy á propósito; pero yo quisiera que mi hermano viniese para acompañar á V.

En aquel momento volvieron el alcalde y Crittenden, y yo pregunté al primero si había medio de enviar á buscar á nuestro hombre.

Respondió llamando á un chico que estaba jugando en su barquilla y que vino al momento.

—Pepe—le dijo—ves por toda la línea de las chinampas, y busca al hombre que ha traído estos caballeros; y á propósito, ¿cómo se llama? Yo podré, sabiendo quién es, decir poco más ó menos qué amigos tiene aquí.

¿Su nombre! Era una pregunta difícil de responder; ni mi compañero ni yo habíamos pensado siquiera en preguntársela.

—La verdad es, señor alcalde, que no podemos decirselo á V., es un hombre desconocido para nosotros.

—Yo hubiera con gusto aprovechado esta coyuntura para hacer á D. Tito algunas preguntas acerca de él; pero creyendo, como él me había dicho, que era amigo de la familia, no me atreví á dejarlos salir, por que desconfiábamos de su honradez.

—No importa—respondió el indio—vé, Pepe, búscale lo mejor que puedas, y dílo que estos caballeros están esperando el bote.

Con lo cual Pepito puso en movimiento su barca, y nosotros esperamos su vuelta con la mayor ansiedad. Apenas se fué se me ocurrió que debía ser algo más comunicativo con el alcalde, y le dije:

—Aunque es verdad que no sabemos el nombre de nuestro conductor, me parece que dando á V. sus señas podría V. reconocerlo puesto que según él dice es un antiguo amigo de V.

—¿Un antiguo amigo mío?

—Así lo dice él.

—¿Un indio?

—No, es un mestizo, y tiene el oficio de pescador.

—¿Un pescador?... Es muy extraño; no conozco ninguno, como no sean los de mi gente. No recuerdo ningún mestizo que pueda decirse con razón amigo mío; debe ser una equivocación.

Durante esta especie de interrogatorio había yo estado mirando fijamente á la joven india; pero no vi la más pequeña señal de que conociese al hombre de quien nos ocupábamos.

Si le conocía debía poseer en alto grado el arte del disimulo, porque al preguntarle su padre negó con toda seguridad conocer semejante pescador.

Todo esto aumentaba más y más los temores de mi compañera; y en cuanto á mí, estaba ya completamente seguro que habíamos sido engañados, y que había un verdadero peligro para nosotros.

—¡Estamos cogidos en una trampa!—exclamó Crittenden cuando le hubé comunicado mis impresiones—y creo que no nos escaparemos.

Un instante después volvió el muchacho, muy pálido no había dado el menor resultado.

—No hay tal extranjero en ninguna de las chinampas, señor D. Tito; he preguntado en todas ellas.

Por espacio de algunos segundos el alcalde se quedó pensando como si reflexionase alguna cosa; después, dirigiéndose al chico:

—Mira—le dijo—vuelve, ves por la parte del canal que va á Tlallamac, tal vez le encuentres allí.

El muchacho, que era muy listo y complaciente, volvió á remar en la dirección que le indicó el alcalde.

Á toda esto el sol había ya desaparecido y las rojas sombras del crepúsculo empezaban á extenderse por el agua.

Don Tito se volvió y nos dijo:

—Siendo como VV. dicen un pescador, tal vez esté ocupado en pescar. Se encuentran más allá del *escalote* pescados de un tamaño magnífico, y es posible que haya querido aprovechar este rato útilmente.

No parecía la suposición muy posible, y así se lo

dijimos á nuestro amigo, haciéndole saber al mismo tiempo los antecedentes que de él teníamos y las circunstancias que habían sucedido para tomarle por conductor nuestro, sin nombrar, sin embargo, la carta de invitación, porque áun cuando este detalle era el mas importante, hubiera descubierto otras cosas que yo prefería guardar para mí solo.

Todavía el alcalde no creía que estábamos en peligro.

No había por aquel sitio guerrilleros, al ménos que nosotros supiésemos, y si el pescador había querido jugaros esta mala pasada, sería tal vez por divertirse con nosotros ó por cualquier otro motivo que no podíamos comprender.

—Después de todo—dijo D. Tito sonriendo para animarnos—el mal no es tan grande, puesto que yo puedo dar á VV. un bote, ó Pepe llevar á VV. en el suyo; lo que yo quisiera es que mi hijo estuviera aquí para que fuera con VV.

Cuando íbamos á darle las gracias por su ofrecimiento, vimos la barca de Pepe que venía ligera como el viento, y apenas estaba al alcance de nuestra voz, gritó con toda su fuerza:

—¡Señor alcalde, señor alcalde!

—¿Qué sucede, Pepe?

—¡Viene gente por el *escaloté*, tres botes grandes llenos de hombres!

—¿Qué clase de hombres?

—No he podido verlo bien, solamente que son fanstrosos y que no pertenecen á nuestra gente, sino que son blancos, y parecen soldados, porque tienen armas; he visto fusiles y lanzas.

Mucho antes que Pepe hubiera concluido su relato, habíamos encontrado mi compañero y yo la explicación de lo que á él tanto le sorprendía.

Teníamos ya la completa seguridad de que nuestro conductor nos había engañado, y que los hombres que ocupaban los tres grandes botes, eran los mismos que habíamos visto en los alrededores de Tlalhuac.

Podían ser guerrilleros, pero era mucho más probable que fuesen una partida de ladrones que quisieran cogernos para peñir después *rescate*. Costumbre desgraciadamente tan común en Méjico como en Nápoles y en Abruzy.

—Ya lo dije á V. que nos habían cogido—dijo Crittenden asustado, pero resuelto, porque no era hombre de asustarse fácilmente.—Es preciso ver cómo podemos librarnos.

—¡Dios sólo puede saberlo; ¿trae V. su revólver preparado?

—Le traigo, y puede muy bien despachar á seis de ellos.

—Lo mío es el mío, si no son muchos y tenemos un poco de suerte, todavía podemos librarnos. Estos mejicanos no saben lo que valen seis tiros nuestros, y en todo caso venderémos caros nuestras vidas.

Durante este breve diálogo entre mi compañero y yo, D. Tito sostenía una conversacion con Pepe, que había llegado á la orilla, en tono tan bajo, que á no ser por la seguridad que yo tenía de la amistad del

alcalde por mí, amistad basada en el agradecimiento, que es una de las mejores bases, hubiera creído que ellos dos también conspiraban contra nosotros, lo cual hubiese sido una gran injusticia como puede ver despues por su conducta para con nosotros.

Dejando á Pepe y viniendo hácia nosotros dijo:

—Caballeros, creo, despues de todo, que tienen ustedes razon en suponer que están en peligro; no puedo explicarme quiénes puedan ser los hombres de los tres botes. Nunca hemos visto en nuestras chinampas nada por el estilo, y creo positivamente que vienen en busca de VV.

—Nosotros lo pensamos también; es más, estamos seguros de ello.

—¡Ah! ¿de modo que saben VV. algo acerca de ellos?

—Tenemos sospechas.

—¿Y no desean VV. encontrarlos?

—Ciertamente, no lo deseamos; ¡todo ántes que eso!

—Pues hay un medio de evitarlo.

—¿Hay un medio?

—Sí, señores; y tiempo suficiente para ello; Pepe es un buen remador, y felizmente ha encontrado un buen camino separado de ellos, segun me ha dicho. Vayanse VV. en su canoa y los llevará por un *escaloté*, por el que no hay miedo que ellos les sigan; pero no hay tiempo para decir nada más, esos hombres, sean quien sean, deben estar ya muy cerca, ¡á la barca, señores!

Miré á la jóven que había estado allí todo este tiempo, cuya cara expresaba más ansiedad que miedo, y uniendo sus ruegos á los de su padre para que nos fuésemos sin peñir el momento:

—¡Oh, señor!—me dijo casi al oído y con acento de súplica.—¡Tal vez hay peligro, iros al momento!

—¿Y V. y su hija?—le dije á D. Tito.

—No tema V. por nosotros—me respondió—sean lo que sean, no tienen motivo de estar disgustados con nosotros, pobres chinamperos, y aunque fuesen ladrones como V. teme, no hay aquí nada que pueda tentar su codicia.

No parecía dar importancia al precioso tesoro que tenía á su lado; pero como yo pensaba de otro modo, le dije:

—Pueden ser insolentas colonos.

—No tema V.—me respondió comprendiendo perfectamente mi intención—si tratan de desembarcar en nuestras chinampas y yo veo señales de sus malas intenciones, no nos encontrarán. Tenemos siempre un bote detras de la casa y caminos por la cinta que sólo conocemos los indios de las lagunas. Pero vamos, vamos, que no hay tiempo que perder.

Y nos empujó hácia la barca, en la que ontramos sin despedirnos apenas, y que Pepito hizo andar en el momento con la mayor rapidez.

Al partir de la chinampa miré por última vez á la hermosa india y creí ver en su mirada que aunque no había escrito la carta no le había disgustado mi visita.

CAPÍTULO XII.

UNA TEMPESTAD EN UN PANTANO.

La noche estaba muy oscura y el cielo cubierto de nubes negras anunciaba una de esas fuertes tormentas que tan á menudo estallan en aquel país. El trueno se dejaba sentir, aunque á cierta distancia, y algunos relámpagos iluminaban con rápida luz nuestro pequeño bote, mientras que gotas de agua tan gruesas como las balas de nuestras pistolas empezaban á caer en la superficie del agua. Se comprendía, sin embargo, que la tempestad no tardaría mucho tiempo; por el ruido que el aire hacía en las montañas al abrirse camino entre sus altos picos y estrechos desfiladeros. Al salir de las chinampas observé que nuestra barca tomaba una dirección opuesta de la que habíamos traído al venir, y que ésta quedaba oculta por el otro extremo de la amplia sabana que allí formaba la cinta. Estaba á más de doscientas varas de distancia, y al llegar allí Pepe dirigió la barca hácia otro acalote.

Cincuenta varas más allá éste se separaba, formando dos ramas ó brazos, y vi que tomé el de la derecha, aunque era el más estrecho. Yo estaba sentado en el lado de popa, y en el momento de dar esta vuelta pude dirigir todavía una mirada á los jardines flotantes, cuyas luces aquí y allí daban más encanto y poesía á las deficientes chinampas. Una de aquellas luces, la que ardía en la choza que acabábamos de visitar, reflejaba sus rayos en la hermosa casa que áun me parecía estar viendo. En aquel momento un fuerte relámpago alumbró todo el panorama, que vimos por un momento con la misma luz que si fueran las doce del día, y pude contemplar otra vez las pequeñas chozas rodeadas de juncos y flores que forman las preciosas chinampas. Pero no me fijé mucho en ellas, porque el mismo relámpago me dejó ver tres botes fuera de la sabana que habíamos dejado á un lado, y según todas las apariencias, se dirigían al sitio por el que nosotros acabábamos de pasar. En un instante todo volvió á quedar oscuro y silencioso á nuestra alrededor, excepto el ruido monótono de los remos, cuyos golpes iguales y dobles resonaban más en medio de aquella desierta laguna. En el sitio en que navegaba ahora nuestra barca nada teníamos que temer de los tres botes, por muchos hombres que hubiese en ellos y por más atrevidos que éstos fuesen. Respecto á nosotros estaba, pues, completamente tranquilo. Mis temores ahora eran por los que habíamos dejado atrás, en los que no podía dejar de pensar.

Á pesar de las seguridades que nos había dado el padre, yo no participaba de su confianza, y por el contrario, creía que había peligro, si no para él, para su hija. Era bien inútil que yo me mortificase con estos temores, puesto que nada podía hacer por ellos.

Así es que, procurando apartarlo de mi imaginación tanto como era posible, volví á ocuparme de lo que tenía relación con nosotros. Mi primera idea fué averiguar á donde nos llevaban.

—¿Hacia donde dirige V. el bote, Sr. Pepito — le pregunté al joven indio?

Don Tito nos había hecho saber su nombre, y yo supuse que el señor con que le adorné tenía un buen efecto, que nos sería favorable, puesto que los indios mejicanos agradecen siempre que se les llame señores.

—Á San Isidro, su excelencia; el alcalde me dijo que los llevase allí.

—¿Y á qué distancia está San Isidro?

—¡Oh! está muy cerca, ménos de tres leguas; á no ser pone muy oscuro lleguemos en hora y media ó dos horas. Podríamos haber ido por otro camino más corto, por el pequeño acalote; pero el señor alcalde me dijo que tomase éste, por miedo que los hombres de los botes nos siguiesen.

—¿Pero cuando lleguemos á San Isidro, que si me me engaño está cerca de Veracruz, estaremos á qué millas de la ciudad?

Era Crittenden el que preguntaba ahora, pensando en la reprimenda que sufriría de su jefe.

—Así es, caballero — contestó el indio. — San Isidro dista quince millas de la *Garita*.

—¿Y cómo vamos á llegar hasta la ciudad? — preguntó con disgusto el alférez de dragones. — ¿Hemos de andar todo ese camino á pié?

—No hay necesidad, al ménos que su excelencia no lo prefiera.

—¡Preferir ese paseo! Amigo mío, nosotros pertenecemos al regimiento de caballería, y no estamos acostumbrados á andar tanto. Quince millas de mal camino, como lo es el de Veracruz, destrozarían nuestros piés hasta el punto de no poderlos poner mañana en el estribo.

—Pero, caballero — repitió el muchacho — no tiene V. necesidad de ir andando.

—¿Cree V. que podíamos encontrar caballos en San Isidro?

—Estoy seguro de ello, Don Tito tiene allí un amigo que los proporcionará, y yo tengo ya sus instrucciones para conseguir que así lo haga.

—¿Qué previsor es D. Tito — dijo Crittenden dirigiéndose á mí en un idioma que Pepe no era probable que entendiese, y despues continuó: — Es un verdadero caballero á pesar de su cutis cobrizo. Ya cuanto á su hija, si no tuviese tambien el color demasiado oscuro para mi gusto, no tendría inconveniente en hacerle el amor; por supuesto, con las mejores intenciones.

—¿De véras? No creo que consiguiese V. nada por otro camino, y áun en ese tal vez encontrase usted sus dificultades.

Había una cierta ironía en mis palabras, que quizá él no vió, porque en el mismo momento un trueno espantoso pareció sacudir el pantano, haciendo vibrar visiblemente por entre las montañas, en las que el viento sonaba ahora con más fuerza.

Y sin embargo, todo esto no eran más que los preludios de la tempestad, que muy pronto descargó sobre nosotros en batallones de todas armas; lluvias, aire, truenos y relámpagos, todos queriendo destruirse entre sí con furia, y haciendo balancear nuestra pobre barca por las enormes olas que todos esos elementos levantaban, amenazando tragarnos de un momento á otro.

— ¿Puede V. seguir en medio de todo esto? — le pregunté á Pepe. Por lo que tardó en responder, más que por sus palabras, comprendí que no podía.

— Podría si parase el viento un momento, ó si hubiese más claridad. Pero está tan oscuro, que una lechuza no podría distinguir el agua de la tierra. En este picaro acalote es más difícil todavía: hubiéramos sido muy diferente si hubiésemos tomado el otro.

— ¿Y qué diferencia hubiera habido?

— Mucha; el otro es más derecho y más ancho, y además lo conozco mejor; por este camino van muy pocos; yo por mí no he venido más que dos ó tres veces: podría, sin embargo, seguir perfectamente si no fuera por esta picara oscuridad.

— Supongo que podrá V. seguir mejor cuando cese el viento.

Cesó de remar y dejó los remos movarse á su placer en el agua.

— No es lo peor el aire, sino la oscuridad; si hubiese un poco de claridad, pero no la hay, y si sigo remando, me expongo á no seguir la verdadera dirección, porque este acalote tiene una porción de ramificaciones que lo dividen á derecha y á izquierda, y si nos equivocamos de camino....

— ¿Qué sucede?

— Sería peligroso.

— ¡Peligroso! ¿cómo?

— ¡Ah! señor, V. no conoce la cinta. Si V. hubiese pasado toda su vida en ella como yo, ya comprendería mejor el peligro.

Crittenden no pudo ménos de reírse, y yo hice lo mismo. Peligro en un pantano infestado de caimanes y cocodrilos parecía serlo; pero no hay de estos grandes reptiles en el valle de México, como sabíamos muy bien: ¿de qué peligro, pues, hablaba el muchacho? Se lo pregunté, pero no puedo decir siquiera si me contestó, porque los terribles elementos, desencadenados en aquel momento con más furia, no dejaban oír otro ruido que los suyos. El cielo que nos cubría se puso en un momento de un azul amarillento; después, completamente negro, atravesado continuamente por relámpagos que estallaban aquí y allá como encarnadas chispas escapadas de ardiente fragua. La lluvia, cayendo sobre nosotros en torrentes espantosos, con tal fuerza que hubiese bastado por sí sola á derribar nuestra barca, y todas las probabilidades eran de que así sucediese.

Entonces comprendimos que áun en aquella cantidad de agua tan pequeña, con lo que parecía un banco de arena á cada lado, el tender pantano podría jugar nos una mala pasada. No había terreno firme para desembarcar más cerca que el que habíamos dejado, que ahora estaba á algunas millas de distancia; así nos lo dijo el indio con una sangre fría que hubiera parecido inexplicable si no hubiéramos sabido que nadaba perfectamente y que para él no era difícil volver á las chinampas, cosa enteramente imposible para mí compañero y para mí. No necesitábamos ya fijarnos en los temores del muchacho, que comprendimos muy bien, y teníamos muy bastante con procurar salvar los nuestros. Así pasamos más de una hora que

duró la tormenta, hora de terrible angustia, que seguramente no olvidaré en mucho tiempo.

Pasó por fin, casi con la misma prontitud que había empezado. El viento se calmó, cesó la lluvia, las negras nubes se disiparon, dejando aparecer en el firmamento una hermosa luna, cuya luz brilló sobre Popocatepec, que semejante á un pylon de azúcar se levantaba detrás de las azules nubes.

CAPÍTULO XIII.

LOS BANDOLEROS MÁS TEMIBLES.

— Gracias á Dios que hemos escapado de esa tormenta. ¿Pero quién podía figurarse una cosa así? ¿Cómo suponer peligro en un pantano, una zanja que no tiene seis varas de ancho? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Al decir esto Crittenden daba fuertes carcajadas, y yo no pude ménos de imitarle: tan ridículo nos parecía todo esto cuando el peligro había desaparecido; porque suponíamos que ya habían terminado toda clase de temores y que sólo faltaba llegar á San Isidro y después á la ciudad. Eso sí, ya estábamos resignados á no llegar hasta dos horas lo ménos después de amanecer; ¡pero qué importaba! La deliciosa sensación que se experimenta después de haber escapado de un verdadero riesgo, hace aceptable y pequeña cualquiera otra contrariedad, y de aquí nuestra resignación y nuestra alegría, que ¡ay! no duró mucho tiempo. Mientras que nosotros nos hacíamos todas estas ilusiones, noté que la cara de Pepito estaba todavía muy asustada, lo que pude observar fácilmente gracias á la claridad de la luna, que iluminaba de lleno sus facciones bronceadas. Había vuelto á tomar sus remos y empujaba nuestra barca, pero no con la fuerza y vigor que lo había hecho al principio, sino con cierta languidez y sin dejar un momento de mirar en todas direcciones.

— ¿Qué sucede, Pepito? — le pregunté; — ¿algún nuevo peligro?

— No quisiera, señor, pero tengo mis temores.

— ¿Temores de qué? La tempestad ha pasado ya del todo.

— La tempestad sí, pero no lo que puede venir después.

— ¿Quiero V. decir los hombres de los botes?

— ¡Oh! no, señor; no hay miedo que nos hayan seguido; ya habrán tenido bastante que hacer con cuidarse á sí mismos; por muy malos que sean, lo que yo temo sería mucho peor.

— ¿Y qué es lo que V. teme?

— ¡Los bandoleros! ¡ladrones!

— Pues eso era justamente lo que temíamos que fuesen los de los botes.

— No es de esa clase de hombres de los que yo hablo; son mucho más peligrosos los que yo temo, porque esos que V. dice son salteadores que, al ménos, cuando cogen á alguno le dejan ir después de robarle; pero los bandoleros de los lagos, los que acechan á los indios que pasan los acalotes, de éstos no hay medio de escapar. ¡Ah! imposible; cuando nos sitían por ambos lados no hay más que entregarse, y entonces la muerte es segura; y no la muerte de un golpe, sino

después de muchos días de martirio. ¡Ay, Dios! debe ser un tormento encontrarse en medio de ellos, como un pescador que yo conocí que era de nuestra gente. Se le encontró en su barca hecho un esqueleto, porque los zopilotes le habían picado toda la carne hasta el hueso, y regularmente habrían empezado esta operación ántes que dejase de espirar. ¡Oh Virgen Santísima! ¡haced que no suframos ese tormento!

Mi compañero y yo no entendíamos muy bien aquel nuevo peligro, pero como me parecía muy posible después de todo, iba á pedirle más explicaciones, cuando, remando con más fuerza, nos dijo:

—Si hay por aquí algun bandolero, cuanto ántes lo sepamos, mejor, no sea que haya otro detras. Después de un huracan como éste, de seguro que habrá por ahí alguno.



Las Chinampas.

Viéndole tan preocupado con sus temores, desistimos por el momento de hacerle más preguntas, y nuestro bote siguió deslizándose suavemente por el lago. Pero pronto volvió á empezar sus exclamaciones, y esta vez la expresion de su cara era más triste todavía.

—¡Madre de Dios! el acalote se hace cada vez más estrecho. ¡Mirad, caballeros, mirad!

No necesitaba yo que él lo dijese: hacia rato que veníamos observando que la faja de agua que brillaba á la luz de la luna como una cinta de plata, parecía irse estrechando cada vez más. Nosotros creíamos

que sería efecto de nuestra vista, á causa de la distancia que todavía nos separaba de la parte que aparecía más estrecha. Pero no; algunos golpes de remo nos acercaron lo bastante para ver que la sábana de agua se acababa en una punta aguda, donde la vegetacion lucia sus hermosas galas. La barca vino á tropezar con los juncos y plantas, que por esta vez eran para nosotros otra nueva desgracia. Entonces el indio se puso de pié sobre la barca, y después de haber mirado por todas partes, gritó:

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Terminada la primera pieza, tomó *Capi* con los dientes una hortera, y andando en dos pies comenzó a dar la vuelta al círculo que formaba el respetable público. Cuando no caían las monedas se paraba, y colocando el platillo en el interior del círculo, fuera del alcance de las manos, ponía sus patas delanteras sobre el espectador recalcitrante, y ladraba dos ó tres veces, golpeando el bolsillo que trataba de abrir.

Entonces prorrumpia el público en carcajadas, gritos y chanzas.

— ¡El bribón del perro conoce quien tiene repleto el bolsillo!

— ¡Mano á la faltriguera!

— ¡Que da!

— ¡Que no da!

— ¡Ya te cobrarás de la herencia de tu tío!

Por último sulian las monedas de las profundidades en que se ocultaban.

Entre tanto, y sin decir una palabra; pero con la mirada fija en el platillo, tocaba Vitalis en su violín, levantándole ó bajándole, según el compás.

No tardó *Capi* en volver, trayendo el platillo lleno.

En aquel momento debíamos entrar en escena *M. Joli-Cœur* y yo.

— Señoras y señores — dijo Vitalis, accionando con el arco en una mano y con el violín en la otra — vamos á continuar el espectáculo, poniendo en escena la divertida comedia, titulada *El Criado de M. Joli-Cœur* ó *El más animal de los dos no es el que se cree*. Un hombre como yo no se rebaja hasta el punto de hacer de antemano el elogio de su obra y de sus actores; así, pues, no os digo más que una cosa: abrid los ojos, preparad los oídos y disponed á aplaudir.

Lo que él calificaba de «divertida comedia» no era, en realidad, más que una pantonima; es decir, una pieza representada por medio de gestos, sin pronunciar palabra alguna. Y así debía ser, en efecto, por la sencilla razón de que dos de los principales actores, *Joli-Cœur* y *Capi* no sabían hablar, y el tercero (que era yo) estaba en tal situación de ánimo que no podía pronunciar ni una letra.

En embargo, para hacer más comprensible la acción de los cómicos, acompañábala Vitalis con algunas frases que preparaban las situaciones de la pieza, explicando su argumento.

De este modo, tocando con sordina una marcha guerrera, anunció la entrada de *M. Joli-Cœur*, gene-

ral inglés, que había obtenido sus grados y su fortuna en las guerras de la India. Hasta aquel día no tuvo *M. Joli-Cœur* otro criado más que *Capi*, pero en adelante quería estar servido por un hombre, pues sus riquezas le permitían aquel lujo; por otra parte, hacía mucho tiempo que los animales eran esclavos de los hombres, y era preciso que tuviese término semejante estado de cosas.

Mientras esperaba el criado, paseabase de arriba á abajo el general *Joli-Cœur*, fumando un gran cigarro. Era digno de ver cómo lanzaba bocanadas de humo á las narices del público!

El general se impacientaba y los ojos se revolvián en sus órbitas como si fuese á montar en cólera; morlilase los labios dando fuertes patadas en el suelo.

Á la tercera debía entrar yo en escena, conducido por *Capi*.

Si hubiese olvidado mi papel me le recordaría el perro. En el momento oportuno me tendió la mano, presentándome al general.

Verme, y levantar los dos brazos hacía el cielo con ademán de desesperación, todo fué uno. ¡Cómo! ¿Era aquél el criado que le presentaban? Llegóse á mí, examinándome atentamente, encogiéndose de hombros, y haciendo un gesto tan gracioso, que todo el mundo se echó á reír; era evidente que me juzgaba imbécil, de cuyo juicio también participaban los espectadores.

El objeto de la pieza consistía, ni más ni menos, en demostrar aquella imbecilidad en todos sus aspectos; no había escena en que no tuviese yo que cometer alguna nueva tontada, al paso que *Joli-Cœur* debía encontrar siempre una ocasión para desarrollar su habilidad y su inteligencia.

Después de mirarme de pies á cabeza, mandó el general que me diesen de almorzar.

— El general cree — dijo Vitalis — que cuando este mozo haya comido será menos bruto; vamos á ver si es cierto.

Y me senté delante de una pequeña mesa, en la que había un cubierto preparado, y sobre el plato la servilleta.

¿Qué haría yo con aquel pedazo de tela?

Capi me indicaba que debía servirme de ella; pero ¿cómo?

Después de darla mil vueltas hice el ademán de llevármela á las narices.

El general se retorció por los esfuerzos de la risa, y Capi se cayó de espaldas asombrado de ver tanta estupidez.

Comprendiendo que me equivocaba, examiné de nuevo la servilleta, preguntándome cómo debía emplearla.

Por fin, me asaltó una idea; arrollé la servilleta y me la puse á guisa de corbata.

Nuevas carcajadas del general y nueva caída de Capi, y así sucesivamente, hasta que el primero, exasperado, me hizo levantar violentamente de la silla, se sentó en mi sitio, y comió el almuerzo que me habían destinado.

¡Ah! El general sabía utilizar la servilleta. ¡Con cuánta gracia la sujetó al ojal de la casaca, exten-

diéndola sobre las rodillas! ¡Con cuánta destreza partió el pan y vació su copa.

Pero cuando sus maneras elegantes produjeron un efecto mágico, fué al pedir, despues de comer, mandamientos que pasó con inaudita ligereza por su blanca dentadura.

Entónces resonaron los aplausos por todas partes, y terminó la representación en medio de un triunfo.

¡Cuán inteligente era el mono! ¡Cuán estúpido era el erudito!

Estos fueron los elogios que Vitalis me hizo al regresar á la posada, diciéndome que era tan excelente cómico, que sus alabanzas acabaron por llenarme de orgullo.



Con cuánta destreza rució su copa.

CAPÍTULO VII.

APRENDO Á LEER.

Era indudable que los actores de la compañía de M. Vitalis tenían un gran talento; me refiero á los perros y al mono; pero también es cierto que su talento no era muy variado.

Después de dar tres ó cuatro representaciones, se agotaba su repertorio y no hacían más que repetir las obras.

De aquí resultaba la necesidad de no permanecer largo tiempo en un mismo pueblo.

Á los tres días de nuestra llegada á Ussel, fué preciso ponerse en marcha.

¿Á dónde íbamos? Tenía ya bastante confianza con mi amo para permitirle hacerle esta pregunta.

—¿Conoces el país? — respondió mirándome.

—No.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Por saberlo.

—¿Y qué quieres saber?

Quedé confuso sin poder articular ni una palabra, y mirando la blanquecina carretera, que se prolongaba ante nuestra vista hasta el fondo de un valle cubierto de arbolado.

—Si te digo que vamos á Aurillac, para dirigirnos en seguida hácia Bordeaux, y de Bordeaux á los Pirineos, ¿qué te enseñará eso?

—¿Pero vos conocéis bien el país?

—Jamás he estado en él.

—Y sin embargo, ¿sabeis adónde vamos?

Me miró con gran atención, como si buscase algo en mi rostro.

—¿No sabes leer? — me dijo.

—No.

—¿Sabes lo que es un libro?

—Sí; los libros se llevan á la iglesia para leer oraciones, durante la misa, cuando no se reza el rosario; yo los he visto, y muy hermosos, con estampas por dentro y ferrados de piel.

—¿Es decir que tú comprendes que pueden escribirse oraciones en un libro?

—Sí.

—También pueden escribirse otras muchas cosas. Cuando tú rezas el rosario, recitas las palabras que has oído á tu madre, y que, pasando por los oídos, han ido á almacenarse en tu memoria para volver en seguida á la punta de la lengua y á los labios, cuando tú las llamas. Pues bien, los que dicen oraciones por medio de los libros, no sacan de su memoria las palabras de que se componen las plegarias, sino que

les toman con la vista de los libros en que han sido puestas, ó lo que es igual, leen.

—Yo he visto leer — dijo muy ufano, como una persona que no es bestia, y que sabe perfectamente de qué se le habla.

—Lo que se hace con los plegarios se hace con todo. En un libro, que te enseñaré en cuando descansemos, se encuentran los nombres y las historias de los países por donde vamos. Los hombres estudiosos que han habitado ó recorrido esos países, han puesto en mi libro lo que habían visto ó sabido, pero de una manera tan perfecta, que no tengo más que abrir el libro para conocer el país en que me hallo; le veo como si le mirase con mis propios ojos, y conozco su historia como si me la contasen.

Me habían educado como á un verdadero salvaje que no tiene la menor idea de la vida civilizada. Aquellas palabras fueron para mí una especie de revelación, confusa en un principio; pero que se iluminaba poco á poco. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que había ido á la escuela, pero tan sólo durante un mes, y en ese transcurso de tiempo no me habían puesto un libro entre las manos, ni me hablaban de lo que era lectura y escritura, ni me dieron ninguna lección de cosa alguna.

De lo que actualmente sucede en las escuelas no se debe deducir que sea imposible lo que digo. En la época á que me refiero, había un gran número de poblaciones en Francia que no tenían escuelas, y entre las que existían se encontraban algunas dirigidas por maestros que, ya por no saber nada, ya porque tenían otra ocupación, no daban enseñanza á los niños que se le sea confiaba. Lo único que hacían era no dejarlos salir de la escuela, creyendo que esto era lo principal.

En este caso se encontraba el maestro de nuestra aldea. ¿Sabía algo? Es posible, y no quiero lanzar sobre él acusación de ignorancia. Lo cierto es que en el tiempo que permanecí en su casa no nos dió la más pequeña lección ni á mis compañeros ni á mí. Como su verdadera profesión era la de hacer zuecos, á ellos se dedicaba desde el amanecer hasta la noche, y en este intervalo se le veía haciendo volar en torno de su virtud de haya y de nogal. Jamás nos dirigía la palabra, como no fuera para hablarnos de nuestros padres, del frío, del calor, ó de la lluvia; pero nada de lectura ni de aritmética. De esto se encargaba su hija, delegada por él para darnos clase; mas como tenía por oficio el de costurera, imitaba á su padre, y mientras él manejaba su garlopa, ella movía rápidamente sus agujas.

Fra necesario atender á la subsistencia, y como éramos doce alumnos, cada uno de los cuales pagaba cincuenta céntimos al mes, no bastaban seis francos para el alimento de dos personas durante treinta días; los almohorras y la costura completaban lo que la escuela no podía suministrar. Esta era la causa de que yo no hubiese aprendido nada en la escuela, ni aun las primeras letras.

—¿Es muy difícil leer? — pregunté á Vitalis después de largo rato de reflexion.

—Es difícil para los que tienen la cabeza dura, y

más difícil aún para los que no tienen buena voluntad. ¿Tienes dura la cabeza?

—No sé, pero creo que si quisierais enseñarme á leer, no tendría mala voluntad.

—Buono; ya veremos. Tenemos mucho tiempo delante de nosotros.

¡Mucho tiempo delante de nosotros! ¿Por qué no habíamos de comenzar en seguida? No sabía lo difícil que es aprender á leer y pensaba que en cuanto abriese un libro sabría todo su contenido.

Al día siguiente, mientras caminábamos, vi que mi amo se bajaba y cogía del camino un pedazo de tabla medio cubierta por el polvo.

—Hé aquí el libro en el que aprenderás á leer — me dijo.

¿Era un libro aquella tabla?

Le miré con atención para saber si trataba de burlarse. Pero viéndole perfectamente serio, examiné su hallazgo.

Era, en efecto, una tabla, ni más ni menos que una tabla de haya, larga como un brazo, ancha como las dos manos, y muy bien pulimentada; en su superficie no se veía inscripción ni dibujo alguno.

—¿Cómo se leía en aquella tabla?

—Estás preocupado — me dijo Vitalis riéndose.

—¿Queréis burlaros de mí?

—No, hijo mío; la burla puede ser conveniente para reformar un carácter viciado; pero cuando se dirige á la ignorancia es una muestra de estupidez en quien la emplea. Espera que lleguemos á aquel bosquecillo; en él descansaremos, y verás como puedo enseñarte á leer con este pedazo de madera.

Poco tiempo después llegamos al bosquecillo, y en cuanto pusimos los zurrones en el suelo, nos echamos sobre la menuda hierba que enmohecía á retoñar, y entre la cual veíanse de trecho en trecho algunas margaritas. *Joli-Cœur*, libre ya de su cadena, se subió á un árbol, sacudiendo las ramas como para hacer caer las nueces, mientras que los perros, más pacíficos, y sobre todo más cansados, se acostaban formando círculo á nuestro alrededor.

Vitalis sacó de su bolsillo una navaja, con la que trató de separar de la tabla una hoja de madera sumamente delgada. Después que hubo conseguido su intento, pulió la hoja por sus dos caras dividiéndola en pequeños cuadrados, de modo que obtuvo una docena de pedacitos planos de igual magnitud.

No cesaba un momento de mirarle, pero confieso que, á pesar de mi atención no comprendía bien de qué manera quería que leyese en un libro, pues por ignorante que fuese, sabía que un libro se compone de un cierto número de hojas de papel, en las que hay trazados muchos signos negros. ¿Dónde estaban las hojas de papel? ¿Dónde estaban los signos negros?

— En cada uno de estos pedacitos de madera — me dijo — grabaré mañana con la punta de mi navaja, una letra del alfabeto. Así conocerás la forma de las letras, y cuando las sepas bien, sin equivocarte, de modo que las distingvas pronto y á primera vista, unirás unas al lado de otras para formar las palabras. Cuando puedas hacer esto entonces te hallarás en estado de leer un libro.

Pronto tuve mis bolsillos llenos de una colección de pedacitos de madera, y no tardé en conocer las letras del alfabeto; mas, para saber leer, la cuestión era muy árdua, y llegó un momento en que me arrepentí de haber empezado.

Debo decir, sin embargo, para hacerme justicia, que no fué la pereza la que me inspiró aquel sentimiento de pesar, sino mi amor propio.

Al enseñarme las letras del alfabeto, pensó Vitalis que podría aprenderlas también *Cupi*, porque si el perro había sabido fijar en su memoria las horas del rebój, ¿cómo no haría lo mismo con las letras?

Ambos aprendimos á la vez; y yo me había convertido en discípulo de *Cupi*, ó si se quiere, *Cupi* lo

era mio. Parece inútil decir que *Cupi* no podía sacar las letras que le enseñaban, por que no tenía el don de la palabra; pero cuando los pedacitos de madera estaban extendidos en la hierba, sacaba con su pata las letras que nuestro amo le indicaba.

Desde el primer instante mis progresos fueron más rápidos que los suyos; pero si bien comprendí yo más pronto él tenía la memoria más segura; cualquier cosa bien aprendida no la olvidaba al paso nunca, y como no se distraía, ni vacilaba ni se equivocó jamás.

Siempre que yo cometía alguna falta, no dejaba de decir nuestro amo:

— *Cupi* sabrá leer ántes que *Kemí*.



Sacaba con su pata las letras que nuestro amo le indicaba.

Al oír el perro estas palabras movía la cola con aire de triunfo.

— En la comedia puede pasar eso de ser más animal que los animales; pero en la vida real, es vergonzoso.

Picaron estas palabras de tal modo mi amor propio, que me apliqué con todas mis fuerzas, y mientras el pobre perro seguía sin saber más que escribir su nombre sacando las cuatro letras que le componen de entre todas las del alfabeto, yo llegué á leer en un libro.

— Ahora que ya sabes leer la escritura — me dijo Vitalis — ¿quieres aprender á leer la música?

— ¿Podré cantar como vos cuando la sepa?

Vitalis cantaba algunas veces, y siempre que lo hacía me proporcionaba, sin saberlo, un rato de placer.

— ¿Querías cantar como yo?

— ¡Oh! Como vos, es imposible; pero, en fin, quisiera cantar.

— ¿Te agrada oírme?

— Me daís el mayor placer; el señor canta bien, pero vos cantáis mejor. Además, hay una gran diferencia; cuando vos cantáis me dan ganas de llorar ó de reír, y voy á decirnos una cosa que quizá os pa-

rezca tanta; siempre que os oigo una canción dulce ó triste, recuerdo á la tía Barberin, pienso en ella y creo verla en nuestra casa; y sin embargo, no comprendo las palabras que pronunciais porque son italianas.

Hablaba mirándole, y me pareció ver que se le medecian sus ojos; entónces me detuve y le pregunté si le afligía.

— No, hijo mio — me dijo con acento desconocido — no me afliges; al contrario, me recuerdas mi juventud, el tiempo hermoso de mi vida; tranquilízate, yo te enseñaré á cantar, y como tienes corazón, tambien harás llorar y serás aplaudido, ya verás...

Cesó de hablar, y sospché que no quería dejarme arrastrar por aquella idea. Pero no pude adivinar las razones que tenía para no seguir. Más tarde las he sabido, mucho más tarde y en circunstancias dolorosas, terribles para mí, que ya diré, cuando se presenten en el curso de mi relato.

Desde el siguiente dia liizo mi amo respecto de la música lo que había hecho con la lectura, es decir, comenzó á cortar pedacitos cuadrados de madera, sobre los cuales grabó tambien con la punta de su cuchillo.

Pero esto vez fué más fatigoso su trabajo, porque

los diferentes signos necesarios para la notación musical ofrecen combinaciones mucho más complicadas que el alfabeto.

A fin de aligerar de peso mis bolsillos, utilizó las dos caras de sus cuadrados de madera, y después de rayarlas con cinco líneas, que representaban el pen-

tágrama, inscribió en un lado la clave de *sol*, y en el otro la de *fa*. Después, cuando todo estuvo preparado, comenzaron las lecciones, y declaró que no fueron ménos fatigosas que las de lectura. Mas de una vez Vitalis, que tan bondadoso era con sus perros, se enfadó conmigo.



Por fin tuve la satisfacción de solfear un aria.

—Con un animal — exclamaba — se contiene uno, porque sabe que es un animal; pero tú me harás morir desesperado.

Y levantando las manos con ademán escénico, las dejaba caer con fuerza sobre sus muslos, produciendo un gran ruido. *Joli-Cœur*, que se complacía en imitar todo lo que juzgaba burlesco, había copiado aquel movimiento, y como presenciaba casi siempre mis lecciones, tenía yo el disgusto, cuando me equi-

vocaba, de verle alzar los brazos y dejar caer las manos golpeándose los muslos.

—¡Hasta el mismo *Joli-Cœur* se mofa de tí! — exclamaba Vitalis.

Si me hubiese atrevido le hubiese replicado que también se burlaba del maestro; pero el respeto y cierto vago temor contuvieron felizmente aquella réplica; me limité á hacerlo en voz baja siempre que *Joli-Cœur* levantaba sus manos, y de este

modo se me hacía la mortificación ménos penosa.

Con algun trabajo dominé las primeras dificultades y, por fin, tuve la satisfacción de solfear un aria escrita por Vitalis en una hoja de papel.

Aquel día no levanté los brazos, sino que me apliqué dos amistosas bofetadas en las mejillas, declarando que, si continuaba de aquél modo, llegaría á ser un gran cantante.

Claro es que aquellos estudios no se hicieron en un día, y durante algunas semanas y aun meses, estuvieron mis bolsillos constantemente llenos de pedacitos de madera.

Hay que tener en cuenta que mi trabajo no estaba regularizado como el de un niño que sigue los cursos

de una escuela, y solamente á ratos perdidos era cuando mi amo me daba las lecciones.

Cada día era necesario hacer nuestra jornada, más ó ménos larga, segun que los pueblos estaban más ó ménos distantes unos de otros; era necesario dar representaciones donde teníamos probabilidad de obtener ganancias; era necesario ensayar los papeles á los perros y á *M. Joli-Cœur*; era necesario que nosotros mismos nos preparásemos la comida, y únicamente despues de todo esto era cuando podíamos ocuparnos de la lectura ó de la música, casi siempre en un alto, al pié de un árbol, ó sobre un monton de piedras, sirviendo la hierba ó el caunino de mesa para extender mis pedacitos de madera.



Nosotros mismos nos preparásemos la comida.

Semejante educacion no se parecia en nada á la que reciben tantos niños que no tienen otra cosa que hacer sino trabajar, y los cuales se lamentan, sin embargo, de no disponer del tiempo necesario para cumplir los deberes que se les imponen.

Pero hay algo más importante todavía que el tiempo empleado en el trabajo, y es la aplicacion; no es la hora que dedicamos al estudio lo que graba la leccion en nuestra memoria; es la voluntad de aprender.

Felizmente yo era capaz de mantener fija mi atencion sin dejarme arrastrar por las distracciones que nos rodeaban. ¿Cuánto hubiera aprendido si pudiese trabajar en un aposento á solas con las manos en las orejas y los ojos fijos en un libro, como hacen algunos estudiantes? Nada, porque no teníamos habitacion para encerrarnos, y al caminar por las carreteras, tenia que mirarme las puntas de los piés para no romperme las narices.

En último resultado, algo aprendí y me acostumbré al mismo tiempo á hacer largas jornadas, que me fueron tan útiles como las lecciones de Vitalis. Era un niño de constitucion muy delicada cuando vivia en casa de Barberin, y como lo demostraba lo que hablaban de mí: «es un niño de ciudad», habia dicho Barberin, «con brazos y piernas muy delgados», dijo Vitalis; al lado de éste, viviendo como él al aire libre, arrojando la rudeza de los elementos; se for-

talecieron mis piernas y mis brazos, desarrolláronse mis pulmones, se curtió mi piel y me encontré en disposicion de soportar sin sufrimiento el frio y el calor, el sol y la lluvia, el trabajo, las privaciones y fatigas.

Fué una dicha para mí aquel aprendizaje, pues me puso en condiciones de resistir los duros golpes que me atravesaron durante mi juventud.

CAPÍTULO VIII.

POR MONTES Y POR VALLES.

Habíamos recorrido una parte del Mediodía de Francia: las comarcas de Auvergne, Velay, Vivarais, Quercy, Rouergue, Cevennes y Languedoc. Nuestro sistema de viajar era muy sencillo: marchábamos siempre siguiendo la línea recta que se extendia delante de nosotros, y cuando veíamos un pueblo que desde lejos no nos parecia demasiado miserable, preparábamos una entrada triunfal. Yo era el encargado del tocador de los perros, peinando á *Dalce*, vistiendo á *Zerbino*, poniendo un parche en el ojo de *Capi* con el objeto de que pudiese hacer el papel de veterano, y por último, obligaba á *Joli-Cœur* á que se ataviara con el uniforme de general.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

¿Por qué el capitán Ballesta dirigiese con su embarcación en lastre al puerto de Marsella, y era vigilado á bordo por ocultos enemigos, que con criminal audacia pretendieron incendiar la corbeta?....

Preguntas son éstas, paciente lector, á las que no me es posible por el momento contestar satisfactoriamente. Supongo, sin que de ello pueda ofrecerte seguridad completa, que en el curso de los futuros acontecimientos de este relato se resolverán de una manera lógica y precisa todas tus perplejidades é impaciencias.

V.

¿Obraba Mr. Crósbow en su exagerado amor por Inglaterra sólo por espíritu de oposición á su familia, ó experimentaba realmente verdadero entusiasmo por todo lo que se refería al antedicho país?

Parece estar en lo cierto asegurando que ambos extremos confundíanse en un solo resultado; esto es, en crear en su espíritu una extraña pasión, que para aliviar lo ajeno aborrecía lo propio.

No era, ciertamente, don Juan Ballesta el único ejemplo de esta rara manía. Existían en el mundo muchas gentes atacadas de esa enfermedad, que lleva por nombre *anglomania*. Nuestros vecinos, los portugueses, han sido víctimas, por mucho tiempo, de su funesta *anglomania*.

Esta singular obcecación obliga, á los que están inuidos por ella, á despreciar las ventajas que puede ofrecer su patria bajo diferentes aspectos, para admirar exclusiva y exageradamente las costumbres, las instituciones y las leyes inglesas, por la única razón de que existen en las islas británicas.

La *anglomania* ha ejercido gran influencia en los esprichos de la moda, y los elegantes de casi todos los países han tenido á mucho honor el pasar por *fashionables*.

En nuestra España no ha conseguido tomar carta de naturaleza la *anglomania*, pues aunque se ha intentado y pretende todavía imitar á los ingleses, y se cita con frecuencia, como modelo, en nuestros Cuerpos colegisladores, su legislación y sus prácticas parlamentarias, no se ha generalizado tanto el mal que pueda llamarse endémico.

Atenas, no es vituperable que de Inglaterra ó de cualquier otro país tomemos determinadas instituciones para adaptarlas al nuestro, si su uso nos es conveniente; pero desde este espíritu de prudencia, moderado y sensato, á la exageración pasional, al establimo en política, á la *anglomania*, en fin, que

todo lo acepta sin discutir nada, media un considerable abismo.

Respecto al flamante inglés Mr. John Crósbow, convendrás conmigo, lector amable, en que su padecimiento moral es de un carácter crónico, tan hondamente arraigado en su bilioso temperamento, que sería desesperada empresa para aquel que intentase emprender su curación.

Continúe en paz con su extraña manía, que, hasta cierto punto, deber ineludible es para toda persona ilustrada respetar las ajenas opiniones, por más que disientan de las nuestras ó las consideremos destituidas de todo fundamento racional y positivo.

Terminaré estos necesarios detalles con un rasgo saliente de la existencia de aquel hombre terrible, que había nacido para la lucha, para llevar por sistema la oposición en cuantos accidentes hacia surgir la vida en derredor suyo.

Algunos años ántes de la época en que doy principio á esta narración, para que nada le faltase, el demonio de la avaricia había hecho presa en su alma; esto explica algunos de sus anteriores actos.

CAPÍTULO IX.

UN AÑO DESPUES.—EXPECTACION PÚBLICA.—LA PARTIDA.—ACECHANDO LA PRESA.—EXPEDICIÓN Á LOS MARES DE LA ZONA GLACIAL.

I.

Era un día espléndido y apacible como pocos. El sol doraba con los haces luminosos de sus rayos las serenas ondas de la espaciosa ruda de Algeciras, abierta en pleno mar Mediterráneo. Erán las diez de la mañana, minutos más ó menos, que no es cosa de llevar á matemático extremo la exactitud cronológica.

Allá á lo lejos, en lontananza, veíase buen número de parejas (1) pescadoras, que volvían en demanda del puerto para aprovechar la hora de la pleamar, que facilitaba su recalada, porque en aquel preciso instante pasaba la luna por el meridiano.

Las parejas con sus velas de cuchillo triangulares, parecían, á aquella distancia, inmensas aves marinas, que con poderoso vuelo rozaban apenas la superficie de las rizadas olas.

Corría el año de gracia de 1861, y el día á que nos refero, según el Cómputo gregoriano de nuestra era, llevaba la fecha de 16 de Setiembre..... Había, pues, trascurrido, día por día, un año justo desde aquel en que la corbeta *Algeciras* zarpó del puerto de su nombre con dirección al de Marsella.....

(1) *Parejas*; Buques apacados para pescar.

—¿Cómo!— exclamará el lector al llegar aquí, mostrándose un sí es no es indignado con mi humilde persona.—¿Así de un capítulo á otro y sin decir *agua ca* siquiera, se permite el autor en el curso material de los sucesos que viene narrando dejar un vacío de trescientos sesenta y cinco días cabales?

To contestaré, leyente amigo, con la célebre frase del ateniense Themistocles al general en jefe de los griegos, Euribades de Esparta: «Pega, pero es encha.»

Debes tener entendido, si por acaso lo ignoras, que los que como yo dedican sus literarias tareas á entretener tus ocios con honestos solaces, poseen el singular privilegio, *pro auctoritate*, de suprimir de una pluma el curso del tiempo, cuando á su capricho ó á sus determinadas miras conviene.

Ahora bien, en virtud de este derecho consuetudinario, y á fin de que mi narración no traspase los límites circunscritos á su especial desenvolvimiento, me he permitido no hacer mención, por ahora al menos, de lo que ocurrir pudo en aquel espacio de tiempo, desde que la corbeta *Algeciras* experimentó en las inmediaciones del cabo de Gata los graves accidentes de que ya tiene conocimiento el lector.

II.

Resumase mi interrumpido relato.

Soplaba la brisa del N. E. hinchando la blanca lona de los faluchos pescadores. Á favor de la pleamar, como antes dije, y cíenido la fresca brisa, retornaban al puerto con el preciado botín que sus redes les habían proporcionado.

¿Por qué se ven invadidos de gran número de curiosos el muelle, la marina, la playa y la desembocadura del río de la Miel? ¿Qué especial motivo congregaba allí, á aquella hora del día, á no escasa parte de los honrados vecinos de la antigua *Al-Djévirah*?

Todas las miradas de aquellas gentes fijábanse con singular insistencia en dos hermosos buques, que, fondeados en medio de la rada, parecían prepararse para hacerse á la mar, tan luego la marea empezase á decrecer.

Ambas embarcaciones eran de vapor; sus calderantes, movidos por esta fuerza matriz, subían á bordo las pesadas anclas con uniforme y acompasado movimiento. Espesas columnas de humo se escapaban de sus chimeneas, lo cual era seguro indicio de que el carbon de piedra llenaba sus hornallas. Los dos buques, á un cable de distancia uno de otro, practicaban idénticas maniobras con objeto de ponerse en franquía.

En sus popas respectivas desplegábase á merced del viento la hermosa bandera de España, y en el tope del palo trinquete la de la matrícula de Algeciras, que es amarilla y azul, si mal no recuerdo.

El tiempo transcurría, y conforme iban activándose á bordo las faenas de la partida notábase mayor agitación y movimiento entre las gentes que desde tierra las observaban.

¿Por qué fijábanse sus ojos en aquellos buques con vivas muestras de entusiasmo y simpatía? ¿Qué había de particular ó de extraño en ellos? ¿Por qué

presenciaban tantas personas su próxima salida del puerto? ¿Por qué la marinería de los demás buques surtos en el hallábase encaramada en la jarcia de sus respectivas embarcaciones, contemplando el mismo espectáculo que las gentes que estaban reunidas en tierra?

Pronto será satisfecha la curiosidad del lector.

Los buques que tan poderosamente llamaban la atención pública, parecían dispuestos para un largo viaje. Uno de ellos era de hierro, de 800 toneladas de capacidad, 600 caballos de fuerza y un andar, sin el máximo de presión, de 44 millas por hora. Toda su jarcia componíase de alambre de acero flexible, moderna invención de Messrs. Bullivant y Compañía; este cordaje supera ventajosamente á las cadenas y á los cables y cuerdas de cáñamo, pues tiene más resistencia y ménos peso y volúmen.

Todo en aquella embarcación, según podía juzgarse á primera vista, estaba hecho á conciencia, sin reparar en gastos.

En los costados de popa, á babor y estribor, leíase con grandes letras doradas, *Baltasar Ballesta*; este era el nombre con que había sido bautizado aquel magnífico vapor.

El que á un cable de distancia, por su banda de barlovento se encontraba situado, conócíase sobradamente al lector. Es la corbeta *Algeciras* trasformada á la sazón en barco de hélice. Su aparejo de tres palas habíase sustituido por el de bergantin-goleta y volocándose en su centro una máquina de 500 caballos, construida en los grandes talleres de maquinaria de *Jean Bostiant*, de Marsella.

Nada en su metamorfosis había perdido la corbeta de su anterior gallardo aspecto; antes bien parecía más elegante con su chimenea pintada de rojo, y sus dos palos ligeramente inclinados hácia popa.

No podía, ciertamente, entrar en parangón con el *Baltasar Ballesta*, que era un barco de hierro, de mayor porte, y de severa apostura y finos lineamientos.

III.

Empezaba á descender la marea.

Las máquinas de ambos buques parecían tener ya la presión necesaria, y su fuerza excelente escapábase silbando por sus respectivos orificios en impetuosos borbotones de vapores blancos.

Ya los robustos cables de acero de las áncoras suspendían éstas á los costados del *Algeciras*. Su hélice, de dos palas empezaba con gran lentitud á moverse automáticamente, imprimiendo á la embarcación ligeras sacudidas....

Pocos momentos después giraba con acompasados movimientos, y el bergantin-goleta, orzando hácia el viento, empezó á cortar con su aguda proa el tendido oleaje de la ensenada.

También las viejas murallas de la Isla Verde estaban coronadas de curiosos; éstos, al pasar el *Algeciras*, como á medio cable de aquel artillado continelo, prorrumpieron en estruendosas vivas y aclamaciones.

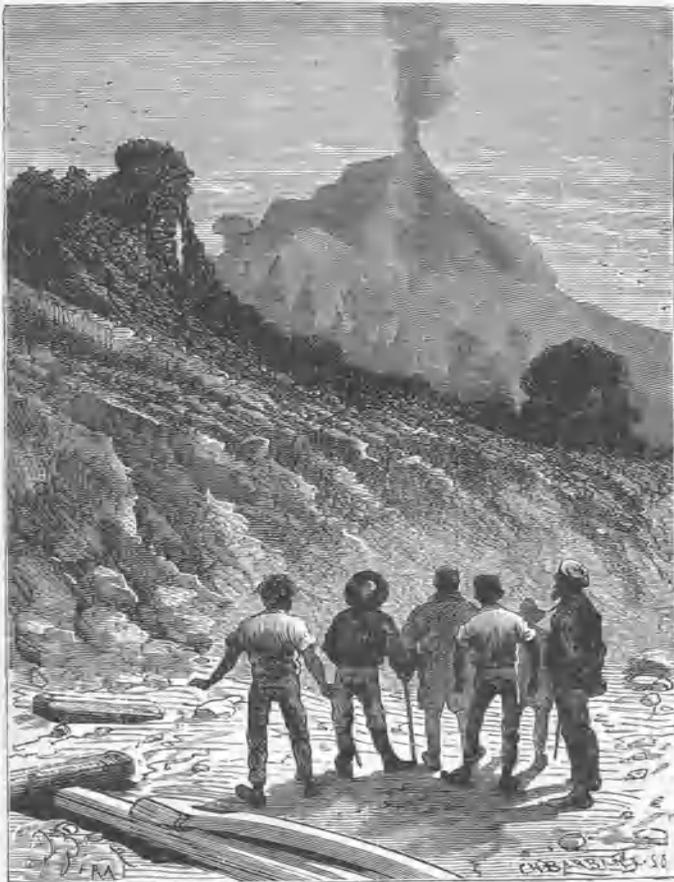
Transcurrían apenas diez minutos cuando el *Baltasar Ballesta*, impulsado por su poderosa hélice, pú-

se asimismo en movimiento. A la altura de la isla Verde, que dejaba a sotavento, disparó, casi simultáneamente, dos cañonazos; al propio tiempo, por tres veces consecutivas, la bandera que ondeaba a popa bajó y subió pendiente de su driza en són de saludo a la fortaleza y al inmenso gentío que de todas partes le contemplaba.

Un grito formidable de entusiasmo y de fervientes

vitores se escapó de la multitud. Todas las cabezas se descubrieron, y todas las manos agitaron en el aire gran número de pañuelos en demostracion postrera de cordial despedida.

Desde el puente y la toldilla de ambos buques contestaban sus respectivas tripulaciones a aquellas muestras de entusiasta adhesion, con repetidos vivas a España. Quince minutos despues las robustas héli-



Espesa columna de emnegrecidos vapores subía al cielo desde el ancho cráter.

ces giraban con más acelerados movimientos, y el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras*, navegando en conserva, no tardaron en salir de las aguas jurisdiccionales de la bahía.

IV.

A barlovento de las naves destacaba su negra silueta el sombrío Peñon de Gibraltar.

Allí, en la poblacion, en la parte de muralla que mira al O., y apoyando sobre el macizo muro un largo antejo, se veía un hombre.

Clavados los ojos en el ocular del instrumento de óptica, que entre sus nerviosos dedos sujetaba, seguía

paso a paso los movimientos de aquellos buques. Incomprensible sonrisa dibujábase en su rostro, la cual contrastaba singularmente con la expresion terrible de su mirada, poseida de siniestros augurios y amenazadores propósitos.

Aquel hombre era el capitán gibraltareño John Crossbow.

V.

Especiales causas motivaban la manifestacion popular de que eran objeto en los instantes de su partida los buques de hélice *Algeciras* y *Baltasar Ballesta*. Un hecho á que está nuestro país poco habituado

producía en el pueblo algericeño aquella unánime explosión de simpatía.

Era que desde fines del siglo XVI, en que Pedro Sarmiento de Gamboa ilustró su nombre con gran número de descubrimientos en el Océano Pacífico, lo que le valió que los ingleses se apoderaran de su persona y tuvieranle algún tiempo en prisiones, y en que el excelente marino Pedro Hernandez de Quiros, siguiendo las instrucciones de D. Álvaro de Mendana, reconoció las Tierras del Espíritu Santo, no habían vuelto los navegantes españoles á emprender expediciones marítimas de aquella especie.

Desde entonces Holanda, Francia é Inglaterra monopolizaron para sí la serie de triunfos y conquistas que en inexploradas regiones habían obtenido los marinos españoles y lusitanos.

Pero este largo paréntesis parecía haber concluido ya. Una expedición científica, organizada á costa y riesgo del capitán mercante Félix Ballesta, levaba anclas en aquellos momentos para practicar en los apartados mares del Sur detenidos estudios y reconocimientos, de los cuales las ciencias geográfica, meteorológica y marítima habían de reportar innumerables beneficios.

Tras dos siglos y medio de incalificable abandono, la península ibérica, que, por su posición geográfica y otras consideraciones improprias de este lugar, es eminentemente marítima, empezaba á renacer de sus gloriosas cenizas, como el ave Fénix de la fábula, para emular los trabajos de los Parry, los Cook, los Freycinet, los Rosse, los Franklin y tantos otros extranjeros de inolvidable memoria.

La empresa que se proponía el capitán español era de atrevido y difícil cumplimiento. Sábese que la extremidad polar de las regiones antárticas, inexplorada hasta nuestros días, ofrece al paso del navegante multitud de accidentes y peligros, que en muchos casos no puede el hombre prevenir, por entendido y valeroso que sea.

Además, no sólo con los rigores é inclemencias de las zonas australes iba, quizá, á combatir el experto marino. Acaso perseguirle también hasta aquel extremo de la tierra el encono y la inglesa animosidad del capitán John Crossbow.

CAPÍTULO X.

NUOVO PERSONAJE.—EL PRO DEL TRIDE.—INQUETUDES.—EFALÓPODO BIANCFESCO.—BUQUE DE VATOR EN LONTANANZA.

I.

Seguían navegando en conserva, con las proas al Sur, los buques expedicionarios. La brisa del N. E., que iba refrescando por momentos, auxiliaba el impulso de las hélices hinchando con su benéfico soplo las cangrejas y los grandes velachos de ambas embarcaciones.

Al desaparecer el sol al Oeste del Atlántico, hallábanse á la altura de Tarifa, que es el punto más avanzado al Sur de Europa. Entonces hicieron rumbo al S. O. con mar tranquilo y viento en popa.

Tres días después, dejando por la banda de labor, en la costa N. O. de África, á Tánger, Salé, Rabat,

Cabo Blanco y Mogador, que está casi á la altura de la isla de la Madera, recalaron en la de Tenerife, en las Canarias.

Habían recorrido un trayecto de 900 millas, á razón de 14 nudos por hora. Esta es la distancia que media entre el puerto de Tarifa y el de la Orotava, perteneciente á la isla que antes cité. No llevaba á la expedición á recalar allí otro objeto que hacer acopio de hortalizas y carnes frescas, y embarcar á un pasajero que, apenas fueron avistadas desde tierra las dos embarcaciones, acudió presuroso al puerto, provisto de un inmenso paraguas y de un casi microscópico saco de noche.

Era este personaje un hombrecillo enjuto, apergaminado, de mediana estatura, calva moltera, bonachona fisonomía y ojos llenos de expresión é inteligencia, que relucían con gran vivacidad á través de las gafas de oro que llevaba montadas sobre la enorme corcova de su nariz.

Con su cartera de viaje en bandolera, su gran paraguas debajo del brazo y el maletín pendiente de la diestra, media á grandes paños la arenosa playa, esperando que los buques diesen fondo y viniese por él la chalupa que había de conducirlo á bordo.

Pero, por lo visto, el *Baltasar Ballesta* y el *Algiciras* caminaban más despacio que el bullicioso pesimismo de aquel individuo, que no sossegaba un instante, é iba y venía de un lado para otro, gesticulando con tal movilidad que llamaba la atención de cuantos le veían.

Pero como todas las cosas tienen su término, más ó ménos pronto, en este mundo sublunar, y las impacencias de aquel estafarero personaje no eran suficiente motivo para que los acontecimientos apresurasen su curso natural, sucedió al fin que, habiéndose aproximado lo bastante á tierra, detuvieron su marcha las naves expedicionarias; entónces del costado de la que parecía hacer las veces de capitana destacáronse dos botes que hicieron rumbo hácia la marina.

El pasajero, no por verlos aproximarse dió reposo alguno á su inquieto y bullicioso espíritu; antes bien parecía como que el logro inmediato de sus deseos excitaba más aún su nerviosa vivacidad.

Atracaron los botes á tierra, y el desconocido personaje se plantó de un salto en uno de ellos. Ato continuo se dirigió al contramaestre *Borrasca*, que venía á bordo, y estrechando su callosa diestra, dió libre curso en los siguientes términos á la más atrepalladora de las locuciones. Las palabras parecían salir á borbotones de sus labios:

—Buenas tardes, *nostramo*; buenas tardes, valientes marineros. ¿Todos disfrutan de salud á bordo? Yo también. Me alegro mucho.... ¡Ah! Vaya, ahí tenéis las señas de mi domicilio; el poema de mi criado, que me tiene la sangre fría con su cachaza, os hará entrega de seis grandes cajones convenientemente precintados y.... ¡cuidado! ¡tened mucho ojo amigos míos, al llevarlos á bordo! Si sois tan guajeros (1) que se os rompen ó caen al mar.... ¡mi materiales, buenas gentes, me mataría!

(1) Guajeros.—Yos indígenas de Cuba, con que se designó á los negros y á las personas toncas y sánitas.

El hablador personaje siguió charlando por los codos con el contramaestre *Borrasca*, mientras que los marineros desempeñaban la comision que les habia encomendado.

II.

En el otro bote vinieron á tierra el maestro *Pimenton*, su grande amigo el calafate, el gaviero *Córco-*

les, y cuatro marineros más, con quienes no ha traido aún conocimiento el paciente lector.

De los siete tripulantes se quedó uno al cuidado de la chalupa, y los demás fuéronse con el cocinero para acurrar las compras que éste hiciera. Pero como podían disponer de dos ó tres horas, determinaron estirar las entumecidas piernas y permitirse un corte paseo por los magníficos alrededores de la antigua



La inmensa cabeza de un cefalópodo de extraordinarias dimensiones....

poblacion de Orotava, que cuenta 2.267 vecinos.

Proponíase los paseantes en su pequeña excursion ver algo más cerca que desde el mar el afamado pico de Tenerife. Un kilómetro escaso habrían recorrido los tripulantes del *Baltasar Ballesta*, cuando, de repente, exclamaron todos á una voz:

— ¡Allí está! ¡allí está el pico del Teide!

En efecto, contrapuesta á la luz del sol poniente levantábase la gigantesca montaña, que se descubre desde alta mar á la distancia de 120 millas.

Inmensa columna de cenizas y ennegrecidos vapores subian al cielo desde el ancho cráter. Entre el denso humo brillaban de vez en cuando materias in-

candescentes, que despues de ascender á grande altura se apagaban en el espacio.

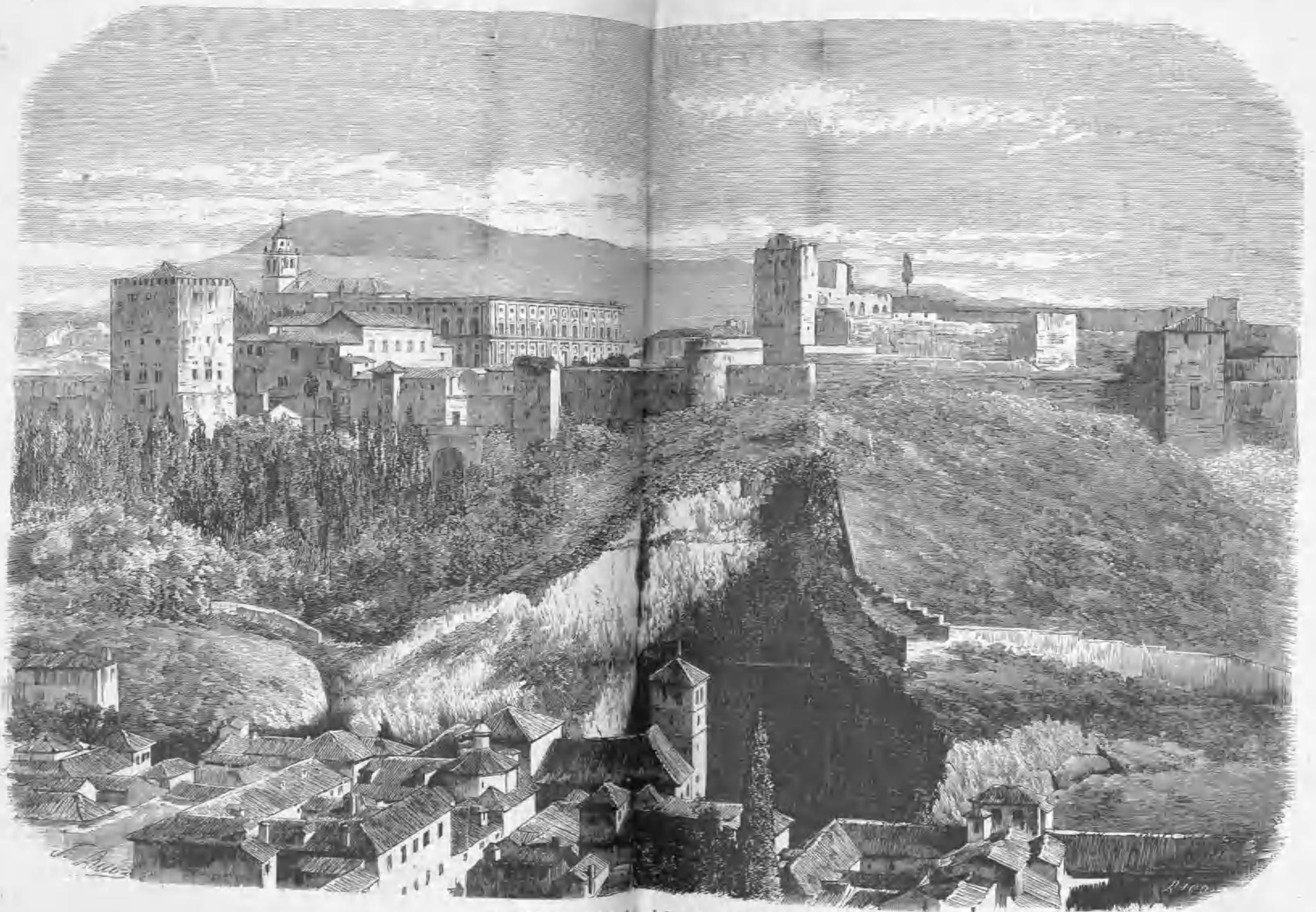
Absortos contemplaron los marineros por algunos instantes aquella majestuosa é imponente perspectiva.

III.

Al amanecer del inmediato dia la capitana y el *Algeciras* hacian rumbo en demanda del cabo Bojador, en la costa N. O. de África.

Como una hora habia trascurrido ya desde que el astro de la mañana hubo rebasado la línea del horizonte. Gran número de gaviotas de blanco plumaje apercibíanse al E. revoloteando sobre la accidentada

LA ANSIEDAD.



VISTA DE LA ALHAMBRA.

planicie del mar. Su presencia allí era seguro indicio de la proximidad de la tierra.

Los vientos del N. E. seguían soplando con constante regularidad. No se vislumbraba en el anheloso espacio la más pequeña nube: tan pura y límpida mostrábase la atmósfera, que parecía su claro azul más diáfano y deslumbrador que otras veces.

En verdad que aquel viaje se había inaugurado bajo los más plausibles auspicios.

Como á las tres de la tarde avistó la capitana el cabo Bojador, que quedaba á unas 30 millas á barlovento, y virando entónces de bordo puso la proa al oeste en demanda de la isla de Fernando de Noroña y del cabo de San Roque, que es el punto más avanzado al E. de la América del Sur.

El *Algeciras* era de ménos andar que el *Baltasar Ballesta* y caminaba á sotavento de éste, distante á lo sumo una milla.

Llegó la noche. En los topes de los trinquetes de ambos buques izáronse faroles de luz roja, y aumentando la presión del vapor en las dos máquinas, continuóse la marcha con ménos velocidad que durante el día.

Todo iba bien á bordo de las naves expedicionarias; los equipajes mostrábanse gustosos y satisfecho, si por las apariencias había de juzgarse; y en cuanto al jefe de la expedición y á sus oficiales, es necesario convenir en que la más franca unidad de pensamientos ligaba entre sí á aquellos hombres, lo cual era un magnífico precedente para el mejor éxito de aquella empresa.

Es verdad que de vez en cuando anublábase la hidalga fisonomía del capitán Félix Ballesta; es asimismo cierto que, armada de sus gemelos marinos, examinaba á menudo por la popa de su goleta, poseído de inquietud y de zozobra, el dilatado horizonte.....

¿Qué temía apareciése en él? ¿Esperaba que alguien siguiese su derrotero? ¿Por qué vagos presentimientos, si no fundados temores, agitaban su espíritu algunas veces?

Terribles instantes de dudas y recelos solía experimentar el honrado marino; sin embargo, disimulaba con todos, aun con los más allegados á su persona, y seguía adelante en su empresa, impávido y sereno al parecer.

IV.

Pasó la noche sin accidente alguno que digno de contar sea.

La alborada presentóse tan mágica y esplendente como suele serlo en las latitudes inmediatas á la línea ecuatorial. Las hélices aceleraron entónces su movimiento y la marcha de la expedición hizo: más rápida.

Serían las doce de la mañana. El capitán Ballesta, en unión de su segundo y del extravagante pasajero que ya conoce el lector, hacia sus observaciones diarias. Acababa apenas de tomar la altura del sol, cuando de improvviso resonó entre la gente de proa extraño clamoreo.

Sorprendióse al pronto don Félix, pero repúsose rápidamente, y después de ordenar á *Borrasca* que averiguase el origen de aquel suceso, continuó tranquilamente sus observaciones. Pero los gritos y el tumulto continuaban á proa con mayor intensidad que ántes.

¿Qué había ocurrido? Un hecho por demás extraño. Desde un gran portalón situado en la parte anterior del buque, un marinero con un cubo pendiente de un cabo intentó sacarle lleno de agua del mar. Ya había practicado la primera parte de esta sencilla operación; mas apenas empezó á subir á pulso el recipiente, vióse de súbito fuertemente ligado por la piernas por una enorme serpiente, que había ascendido por la cuerda del cubo.....

El marinero cayó sobre cubierta, pero por fortuna suya no le arrastró al sesgo el repugnante monstruo, por que al caer aferróse desesperadamente al portalón. A sus gritos acudieron á socorrerle algunos de sus camaradas. Todos mostrábanse irresolutos, sin saber qué determinación tomar en aquel extraordinario lance.

Las vociferaciones de los presentes aumentaban el terror de la víctima. No fueron de los últimos en acudir *Maese Pedro* y *Urdemalas*; mas, contra en probada valentía, mantuviéronse los dos á respetable distancia.

El contramaestre *Borrasca* fué el primero que concibió una idea salvadora; bajó rápidamente por la escotilla de proa, y en breve apareció por ella, armado de un hacha. Corrió á donde estaba el monstruo, enlazando las piernas del marinero, y descargó sobre él la cortante hacha, dividiéndole de un solo golpe, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos.

La parte cortada distendióse, y el pobre marinero se vió libre, si bien el susto no le permitía hablar siquiera.

—No, no es una serpiente de mar—gritó á la sazón el áun inocinado pasajero, abriéndose paso.

—¿Qué dice usted, señor Poy?—preguntáronle algunos de los tripulantes.

—Dijo, amigos míos—respondió el interpelado—que lo que contempláis aquí es el extremo, que se reacciona áun lleno de vitalidad, del tentáculo de un cefalópodo gigantesco, ó sea, para que lo entendáis mejor, de un inmenso pulpo..... Ved, ved los chapines terribles con que se aferraba á las piernas de nuestro infeliz camarada.

—¡Aquí está, aquí está!—exclamó entónces un marinero que se había asomado á la borda.

Todos los presentes corrieron hácia aquel lado. En efecto, á pocas brazas del buque, por la proa, veíase en el mar la inmensa cabeza de un cefalópodo de extraordinarias dimensiones, que agitaba las ondas con sus inmensos y poderosos tentáculos.

(Se continuará.)

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

I.

El día 2 de Enero de 1884 á las tres de la tarde se cumplen trescientos noventa y dos años transcurridos desde el memorable día en que los muy altos, muy terribles y muy poderosos señores reyes D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa recordación, clavaron su estandarte Real sobre la torre del Homenaje de la Alhambra.

La guerra de siete siglos había terminado.

España, desde las vertientes del Pirineo hasta el Estrecho de Gibraltar, era cristiana.

La grande obra que había absorbido la sangre de centenares de generaciones, llegaba á su magnífica terminación, coronándose con la conquista de ese incomparable delzaz inspirado en un sueño por los genios del aire y de la luz al magnífico rey Mahomet el Bermejo.

Doce años después, un humilde monasterio de franciscanos, levantado dentro de los muros de la soberbia Kasbá granadina, recogía en medio de un silencio de dolor y de espanto los mortales despojos de la grande Doña Isabel la Católica.

Isabel había querido que la Alhambra la sirviese de panteón.

Y pasaron doce años.

Un nublado día de invierno, prelados, magpates, religiosos, pueblo, rodearon la modesta tumba de la gran Reina, y la arrancaron de ella.

Allá abajo, en el llano, entre las torcidas callejas de la ciudad, se había erigido un panteón regio sobre los cimientos de la gran mezquita: bajo las ojivas de la Capilla Real, un maravilloso sarcófago de mármol blanco cubría una oscura cripta.

El cadáver de Isabel, arrancado de su humilde convento, entró en aquel reducido espacio, bajo aquella bóveda depravada, en brazos de los servidores de su nieto Carlos de Austria.

Sobre un estrado de piedra había otro ataúd.

Aquel ataúd encerraba el cadáver de D. Fernando V, que debió estrecharse en su sueño de muerte, al sentir la proximidad de su primera esposa.

Entre aquellos dos ataúdes, entre aquellos dos cadáveres, existía la sombra de la segunda esposa del rey Católico.

De Gerona de Foix.

El nieto, cumpliendo una voluntad expresa en el testamento de la abuela, cláusula tiernísima, aspiración suprema de un amor *jamás manchado, jamás supeditado*, había hecho llevar á la noble Isabel á compartir su tálamo de muerte con Fernando.

Y allí reposan aún.

El lecho imperial de mármol presta un mismo acolchado á sus dos cabezas coronadas.

La unión de aquellas dos estatuas, de aquellos dos ataúdes, sobre un mismo sarcófago, bajo una misma sombra, á la luz de una misma lámpara, en el lugar en que veinticuatro años antes se levantaron el mé-

rab (1) de la grande *aljama* (2) de Granada, son el símbolo de la unión de España bajo una misma corona y de la gloriosa restauración de su larga esclavitud bajo los árabes y los moros, llevada á cabo por la fe y el heroísmo en nombre de Dios y de la patria.

II.

Venid.

Penetrañ conmigo en la Capilla Real.

Aun no ha amanecido.

Las sombras envuelven el templo y apenas se perciben sus muros y la gran verja de la ábside.

Sólo se ven dos sepuleros opulentos, sobre cada uno de los cuales hay dos reyes de piedra yacientes.

Los de la derecha son los Reyes Católicos.

Los de la izquierda el archiduque D. Felipe de Austria, *el Hermoso*, y su esposa, la desdichada hija loca de Isabel y de Fernando, la reina Doña Juana.

La luz de una lámpara que se extingue envía un leve y tenebroso resplandor á las estatuas reales.

Allá, en la ábside, otra lámpara envía su resplandor á un cardenal que cabalga en una mula, representado en un relieve.

Junto al cardenal hay una cruz característica.

Es la cruz del cardenal Cisneros.

Porque Cisneros es aquel cardenal.

Está delante de Orán, por cuyas puertas entra el ejército español.

Algunas veces, acaso por efecto de las oscilaciones de la lámpara, que baña con su luz trémula al buen Cardenal, parece que éste vuelve la cabeza y mira á Isabel la Católica, que yace allá al pié del presbiterio, y que su mirada le dice:

« Hé aquí, mi noble señora, que yo, cumpliendo tu voluntad, traigo mi cruz de Toledo sobre África, por Dios, por tí y por España. »

III.

Fuera de esos dos lugares iluminados por el posterior resplandor de las lámparas que se extinguen chisporroteando, lo restante del templo es sombra y silencio.

Apénas si se percibe la primera dudosa luz de la mañana al través de los vidrios de colores de los callados ajimeces góticos.

De repente se oye una campanada grave, solemne, vibrante, que se repite pausada, que parece decir:

« Ya es de día, levantaos. »

Es la campana *gorda* de la vecina catedral que toca á las *Ave-Marias* del alba.

Y apénas ha retumbado la voz metálica de la catedral, otra vibración metálica, otra campanada grave, pero lejana, perdida en la distancia, responde desde el castillo morisco.

Contad: una..... diez..... veinte..... treinta..... treinta y tres campanadas.

Ha acabado la vela: ya es de día.

Esperad: la campana de la catedral ha enmudecido.

(1) Adoratorio.

(2) Mezquita principal.

Pero la campana de la Alhambra vuelve á sonar de nuevo.

No conteis sus campanadas, porque se repetirán incessantes, hasta que las haga cesar la campana de la catedral, tocando las *Ave-Marias* de la tarde.

IV.

Ya es de día claro.

El templo se ha abierto; está engalanado con anchos paños de terciopelo rojo franjeado de oro, que se han puesto la víspera.

Los blandones están preparados en el altar.

Salgamos del templo.

Ya hemos visitado á los Reyes. Católicos y á Cisneros.

Si quereis hacer otra buena visita, entrad en aquella capilla oscura, que no está ni dentro ni fuera de la Capilla Real y del templo del Sagrario adjunto, porque está entre los dos.

Allí dormió Hernán Pérez del Pulgar, el de las luzañas, el Aquiles de la conquista de Granada, el que cuando la Capilla Real era mezquita, y Granada de moros, llegó y clavó en la puerta del templo musulmán, el cartel que contenía la poética salutación del Ángel á la Santa Virgen Madre de Dios.

Saludad al héroe y seguidme.

Frente á la salida del templo encontramos la Casa del Ayuntamiento: sus balcones están cubiertos de paño de terciopelo, realzados con el blason de España; en el balcón principal hay una gran bandera roja.

Saludadla: es el pendon Real de los Reyes Católicos: es la gloriosa enseña que frenó al Conde de Tendilla en la torre de la Vela de la Alhambra al tomar posesión de Granada por los Reyes Católicos en 1492.

Sigamos adelante; entremos en el Zacatín: lleguemos á la plaza Nueva.

Mirad á la altura: á ese castillo.

¡ Es la Alhambra!

Subamos, subamos aprisa la calle de los Gomeles; luego, despues de haber pasado bajo la puerta de Bid-Leujas, tomemos por el más pendiente de los tres caminos que se abren desde allí; por el de la izquierda.

Trepemos á la colina.

No os detengáis á admirar la sencilla riqueza del pilar de Carlos V: no os pareis tampoco ante la esbelta grandeza del arco exterior de la puerta Judiciaria.

Otro día vendrémos á examinarlo despacio.

Adelante; pasad la arcada, sigamos el callejón á donde desemboca: ved la puerta del Vino..... adelante..... tras ella, en el fondo de la plaza de Armas, el palacio de Carlos V..... al frente, al lejos, tras la línea de los adarves, el cerro de San Miguel con su blanca ermita, sus antiguas murallas melladas y su manto siempre verde de higueras clumbras; á la izquierda encontramos los mochos torreones de la Alcazaba: su puerta está cerca de nosotros; entremos, atravesemos la pequeña plaza de Armas, y penetremos por la estrecha puerta de esa torre: es la de la Vela: subamos sus empinadas escaleras; ya estamos

en la plataforma: ya nos atruena el sonido de esa campana, cuyo continuo golpe hemos escuchado durante nuestro camino: relevemos al campanero, el viejo veterano, que tira pensosamente de la cuerda, hagamos una estrepitosa salva al recuerdo de la alta de nuestras pasadas glorias.

V.

Aosamos al pretil de la plataforma.

Veréis á vista de pájaro la ciudad con sus blancas casas, sus innumerables jardines, sus cien campanarios de conventos y parroquias, presididos por la gigantesca torre de la catedral; la plaza de Bib Arrambila, por la cual transitan hombres que parecen borrigos de pequeños, mirados desde nuestra altura más allá de la plaza, en una gran extension, tejados y más tejados: luego la orla tupida y verde formada por las huertas, y más allá la Vega con sus sembrados nacientes, de distintos verdes, más oscuros, más claros, formando la apariencia de un tapiz donde el Darro y el Genil, casados cerca de la ciudad, pierden á lo lejos como una cinta de plata; allá á la derecha de la ciudad Santa Fe, y por todas partes caseríos; Illora y Moclin, sobre la sierra occidental en el llano, la Tarfe, Maracena, Churriana, Armilla, Alhendin, Hueter, la Azubia, cien blancos y alegres pueblecillos, situados en los nudos de una red de sendas, de caminejos, de caminos, de calzadas: á la izquierda, Sierra Nevada, cubierta con su velo blanco como una doncella que va á desposarse, y sobre ella tiéndola con matices color de rosa, el sol de la mañana; á la derecha, cerca, el Albaicín, con sus calles juevas aclaradas por minas, con su Alcazaba Vieja y la escueta torre de San Cristóbal en su extremidad inferior; en el horizonte, recostándose sobre el Albaicín, Sierra Elvira: si os volveis á vuestras espaldas, vuestra vista encontrará cercana la Silla del Moro, recorriéndose sobre el cielo más azul, más diáfano, más radiante del mundo.

Prescindid de ese panorama; y fijaos en un solo punto de él.

¿ Veis allá, en el horizonte, allí donde se hundea la Vega la falda de Sierra Nevada, una colina?

Dicen que durante las noches de luna del invierno especialmente en la del 2 de Enero de cada año, vaga sobre aquella colina una sombra blanca, á la que se guen centenares de sombras macilentas y apenadas: dicen que aquella sombra que aparece en aquella colina es el rey Boabdil el Chico, que viene á mirar á su Granada, desde el sitio desde donde la vio po última vez cuando fué echado de ella por los cristianos.

Porque aquella colina es el Suspiro del Moro.

Desde el Suspiro del Moro, se ve en lo más alto de Granada la Torre de la Vela: desde la Torre de la Vela se ve en el último límite del horizonte el Suspiro del Moro.

VI.

Dejad, dejad, áun es temprano: áun esa mudez dumbre de lugareños que se ve en largos regueros

por los caminos que cruzan la Vega, terminando en las puertas de Granada, no ha invadido la Alhambra; ¡ah! tenemos tiempo: podemos hacer una excursión al pasado, evocar sus seres perdidos en él, suprimir la mancha imaginación trescientos noventa y dos años, y sorprender á Granada en su día de tribulación; en el día 2 de Enero de 1492.

VII.

Aun no ha amanecido, y ya los clarines de los jinetes y los tambores de los infantes despiertan á los soldados españoles, dentro de los muros de la ciudad Real de Santa Fe.

Los exploradores son los primeros que salen á la Vega.

Tras ellos se mueven los tercios.

Los pesados carros de artillería rechinan arrastrados lentamente por bueyes.

Han tomado el camino de Granada.

En otras ocasiones apenas los cristianos han salido de su real, apenas han avanzado hacia Granada, los bizarros jinetes moros han llegado á todo escape de sus caballos con las lanzas bajas y las adargas al pecho.

Zenetes, Zegris, Gazules, Mazas, Almoradíes, Venegas, las tribus tolas, árabes ó africanas, que pueblan á Granada, han disputado palma á palma, golpe á golpe, sangre por sangre, vida por vida, el paso á los cristianos, y arrollados siempre por éstos, siempre vencidos, han vuelto á una nueva lid cada día, nunca oscurantados, nunca domados.

Granada no cuenta los hijos que envía al combate, ni cuando vuelven vencidos cuenta los que faltan, los que se han quedado allá tendidos en la Vega.

Hoy el ejército español avanza cada vez más y nadie sale á su encuentro.

Ni una sola persona aparece cerca ó lejos en el camino.

Las alquerías están mudas.

Ni una leve columna de humo se levanta de las chimeneas.

Otras veces, de cada una de aquellas alquerías, de cada una de aquellas aldeas han salido á escape jinetes moros, llamados por el toque de rebato de la campana de la Alhambra, avisando que los cristianos se han puesto en movimiento.

Y acá y allá las distantes torres de atalaya, encaramadas en sus vericuetos, han dejado ver sus humaredas como señal de peligro y de combate.

Hoy la campana de la Alhambra no envía su vibración hasta los montes.

Hoy las atalayas no encienden el ramaje verde y humoso.

Dispadas las blancas nieblas de la mañana, el sol taciturno alumbró una tierra silenciosa, que sólo parece habitada por aquel numeroso ejército que se acerca á la ciudad, cuyas puertas están cerradas todavía.

Parece que viniendo de la ciudad se pierde en los aires un gemido silencioso, un gemido de desesperación y de muerte.

VIII.

Y por el contrario, ¡cuán alegre, cuán ruidoso el ejército que avanza!

¡Cuánto penacho y cuánta pluma entregados al viento!

¡Cuánto pendón desplegado!

Mirad los jinetes andaluces cómo hacen gallardear á sus caballos, siguiendo Las blancas bacanegas de la reina Doña Isabel y de sus damas, y el potro árabe del buen capitán Gonzalo de Córdoba, que resguarda á la Reina.

Mirad cuán melancólicamente conmovido el hermoso semblante de la Reina, que cñe sobre sus rubios cabellos la corona de Castilla y Leon y Andalucía; mirad al otro lado, armado de guerra, y vestido de gala á un tiempo, al rey D. Fernando, que rige blandamente su brida de batalla, cñiendo en vez de yelmo la corona de Aragon y de Sicilia, y de Navarra, y de Cataluña, y de Valencia; mirad cómo siguen el trote de su caballo, en dos hileras á sus lados, con la ballesta afianzada en la una mano y el venablo preparado en la otra, siempre dispuestos á la pelea, los bravos ballesteros aragoneses.

Mirad, mirad, tras los dos Reyes, seguidos por una formidable manga de arcabuceria castellana, al buen Conde de Tendilla, llevando enhiesto el estandarte Real, y á su derecha el gran Cardenal de España, sustentando el estandarte de la Fe.

Ved ese largo y robusto cordón de jinetes y de peones, de bombardas y de acémilas, que arroja de sí, incansable, la ciudad de Santa Fe.

Mirad cuán abigarrados los gallegos y los astures con sus trajes nacionales, y cuán sencillos y severos los catalanes y los vascos, los navarros y los montañeses.

Pero todos van alegres.

Ha llegado el gran día.

El 2 de Enero de 1492 es una gran fiesta: es el día de triunfo ganado con mil gloriosos combates.

Granada ha capitulado.

El Rey Chico se ha despojado de su corona, y la ha dejado en la Alhambra.

Granada es de los Reyes Católicos, y éstos y sus soldados van á recibir á la orilla del Genil las llaves de la ciudad, de manos del Rey vencido.

IX.

Por eso Granada calla, por eso Granada gime, por eso parece que el sol alumbró una ciudad y una comarca desiertas.

Por eso los jinetes granadinos no salen á la Vega lanzando al aire su grito de guerra.

Por eso las alquerías y las aldeas no envían tampoco jinetes para aumentar el número de sus hermanos de Granada.

Por eso las torres de atalaya no exhalan sus blancas humaredas, y por eso está muda la campana de la torre de la Alcazaba.

Granada, la sultana, la ciudad querida del Profeta, la alegría del Islam, es la cautiva vencida de la Cruz.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LA CAZA DEL TIGRE

EN EL BENGALE INFERIOR.

Es verdaderamente espantosa la devastación que las bestias feroces causan en ciertas regiones de la India inglesa. Basta á veces un solo tigre al rededor

de una aldea, para destruir sucesivamente todo el ganado y una parte de los habitantes de la localidad. Por el gobierno inglés se han tomado medidas eficaces encaminadas á la destrucción de semejantes plagas, y no son, por lo tanto, raras en semejantes países las cacerías de tigres, de una de las cuales vamos dar una breve reseña.



Tigre arrebatando un carretero.

En los sitios en que el camino conduce á un vado, en la hierba alta y espesa, el tigre reposa durante los calores del mediodía; escucha el ruido de las carretas que crujen sobre los ejes, y los gritos de los carrete-

ros, excitando á sus huesos para que entren en el agua, cuando, después de haber atravesado el río, trepa penosamente el camino, el tigre se lanza con todo el peso de su cuerpo sobre su víctima, ántes que la



El cacerío de tigres oyendo los llantos que le escuchaban los habitantes.

huesos se hayan apercebido que han perdido su conductor, el carnicero ha desaparecido con el hombre que lleva en su lona. Así mueren unos tras otros los aldeanos. Reducidos á la desesperación los infelices aldeanos, seguidos de infinidad de viudas y huérfanos,

el Mondol (jefe) y los viejos del pueblo van á implorar la ayuda del hombre blanco, cuando saben que algún europeo ha llegado allí con el objeto de cazar los feroces tigres que tanto terror infunden á tan desdichados habitantes.

El cazador promete su ayuda, á condición de que se le informe prontamente de los hechos y bazañas del enemigo.

El jefe que dirige la partida de caza no pierde su tiempo; ordena equipar los elefantes, coge su lanza, y sin esperar á los que deben acompañarle, marcha de-

lante para explorar el terreno y tomar las medidas convenientes.

El cazador se pone en camino, y toma todas sus precauciones antes de entrar en el juncal. Un hombre se coloca en un árbol en el sitio en que el río entra en el juncal, y un elefante bien equipado, en donde el río



Tigre estrechado por los elefantes.

sale de él. En seguida tres ó cuatro elefantes de vanguardia, entran en la espesura, y empiezan á batir las hierbas en ambas orillas. Se oye una detonación, un clamor repetido por centenares de voces anuncia que se ha percibido el tigre.

El tiro ha herido al animal en el momento en que iba á lanzarse sobre su presa, pero se ocultó inmediatamente.

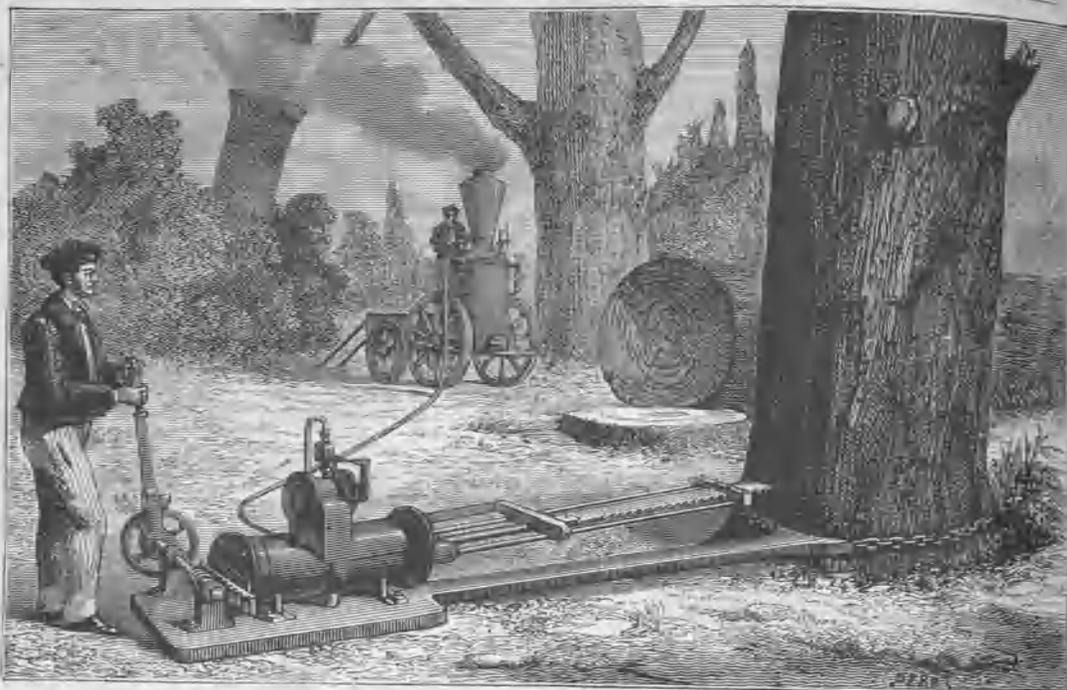
El ataque se hace cada vez más encarnizado. De pronto el jefe grita: «Atención al agua». En efecto;



Los habitantes prosternándose ante el cazador de tigres.

Cuando los elefantes llegan al borde del río, se ve al tigre saltar de una orilla al agua. Un tiro le alcanza de nuevo. Un segundo después se arroja en medio de los elefantes, y los que dirige ataques desesperados, pero todo inútil, la presa está muerta.

Entónces los aldeanos acuden para admirar al que les ha librado de su tirano; todas son felicitaciones y valiosos presentes para aquel hombre que, exponiendo su vida para matar el tigre, ha salvado la de muchos de sus semejantes.



CÓRTE DE ARBOLES AL VAPOR.

CÓRTE DE LOS ARBOLES

POR EL VAPOR.

En este número damos el dibujo de la máquina construida por A. Ransome, en Inglaterra, y que ha funcionado con éxito en Roupell-Park. En ménos de cuarenta minutos la cortada cuatro árboles de 0m,70 á 0m,90 de diámetro. El cilindro de la máquina es de pequeño diámetro, y recibe el vapor á alta presión.

Un pistón puesto en movimiento por este cilindro hace funcionar la sierra. La máquina está provista de un talon que se fija contra el árbol, y que se sujeta sólidamente al árbol por medio de una cadena.

La parte posterior del cilindro de vapor, está provista de una muesca, haciendo actuar sobre ésta un tornillo sin fin movible á mano se puede hacer girar la sierra sobre su pié cuando es necesario.

El peso de la máquina es próximamente de tres quintales. Puede estar montada sobre ruedas y en estas condiciones bastan cuatro hombres para trasportarla y hacerla funcionar. El corte del árbol que hay que abatir se hace á 0m,25 de distancia de la superficie del suelo. Una caldera portátil suministra el vapor á una presión de 25 á 30 kilogramos.

La máquina puede cortar troncos horizontalmente, echados en el suelo, lo mismo que aquellos que se hallan verticalmente.

Solución al jeroglífico del número anterior.

Unos levantan la caña y otros la llevan á casa.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Vista de la Alhambra.—La casa del Tigre.—Corte de árboles al vapor.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas Jeroglífico.

TEXTO.—Keratin al Testarndo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Mayno-Roll.—Su familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Páyo Sur, Moreno Fuentes.—La toma de Guadalupe, por Manuel Ferrnandez y Gonzalez.—La rana del Tigre.—Corte de los árboles por el vapor.—Solución al jeroglífico.